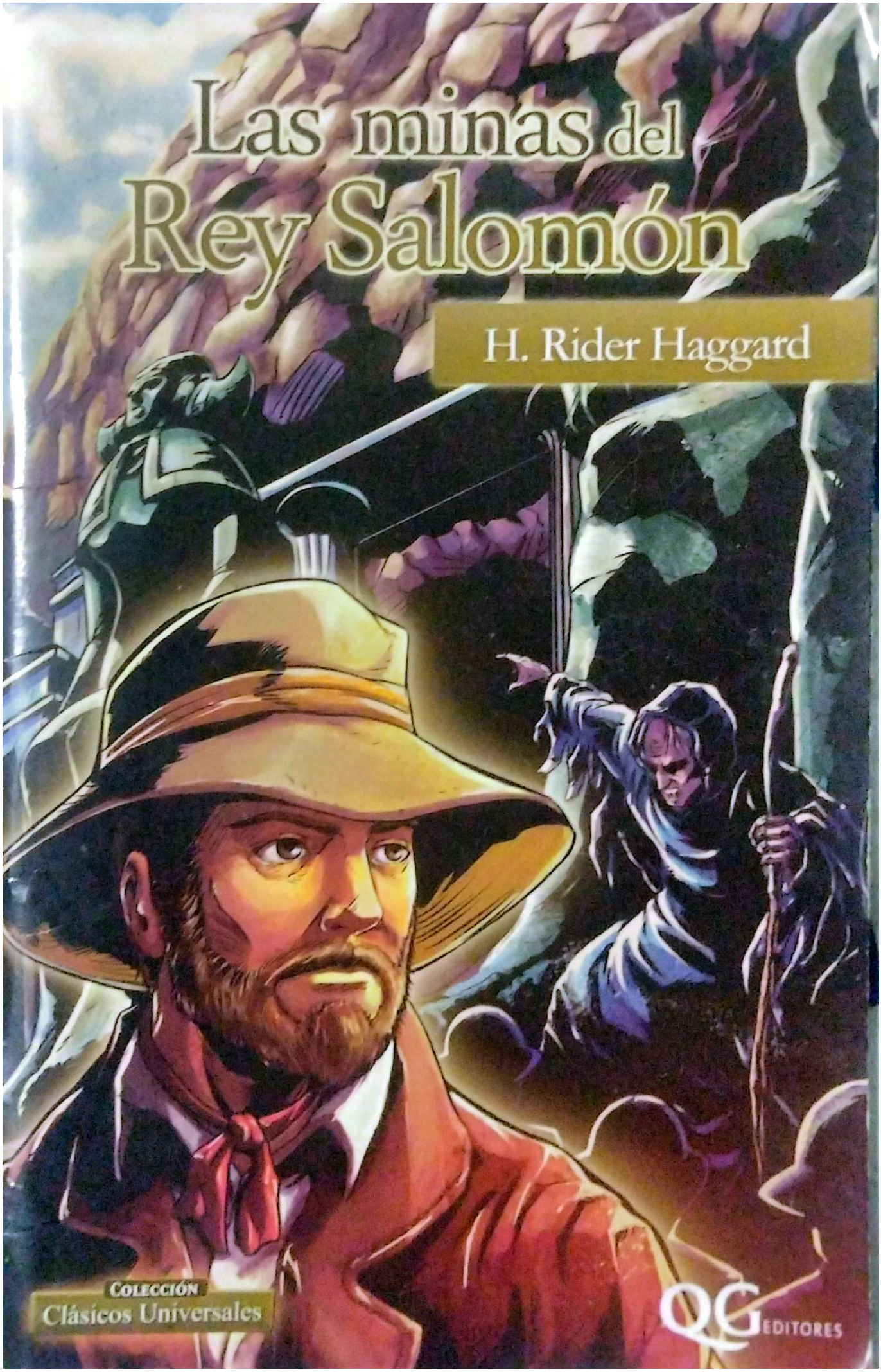
Las minas del Rey Salomón

H. Rider Haggard



Colección
Clásicos Universales

QG Editores

Escaneado con CamScanner

Escaneado con CamScanner

Andrea Duran
9 - B

Las minas del Rey Salomón

H. Rider Haggard

QG EDITORES

Escaneado con CamScanner

"COLECCIÓN CUENTOS CLÁSICOS UNIVERSALES"
"Las minas del Rey Salomón"

© Empresa Periodistica Nacional S.A

Pre-prensa: CECOSAMI Pre-prensa e impresión digital S.A.

© QG Editores SAC

Av. Los Frutales #344 Ate – Lima 03 – Perú

Primera edición Lima, Mayo del 2013

©H. Rider Haggard

Edición y adaptación literaria	: Martín Cuesta
Ilustraciones	: José Octavio Cáceres
Arte de portada	: Gino Descalzi
Diagramación	: Gerardo Espinoza

Producto creado y diseñado por Eduamerica S. A. C. 2013
Av. Gral Santa Cruz 743, Jesús María / Teléfono: 715 8086
E-mail: edicion@eduamerica. com.pe

Registro de proyecto editorial N° 31501031300416

Hecho en Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2013-08939

ISBN "Las minas del Rey Salomón" N° 978-612-301-883-2

Tiraje: 13,000

Impreso en: QUAD/GRAPHICS PERU S.A.
Av. Los Frutales #344 Ate – Lima 03 – Perú

Junio 2013

Escaneado con CamScanner

Índice

1. Introducción 5
2. El encuentro con sir Henry Curtis y con el capitán John Good 6
3. La leyenda de las minas del Rey Salomón 12
4. Tras los pasos de Juan Da Silvestra 16
5. Nuestra llegada a Kukuanalandia 22
6. Ante la presencia del rey Twala 30
7. Una señal para obtener la confianza de los kukuanos 39
8. La batalla contra el rey Twala 45
9. En las minas del Rey Salomón 53

Escaneado con CamScanner

Escaneado con CamScanner

INTRODUCCIÓN

Ahora que este libro saldrá a la luz, entran en mí preocupaciones por sus limitaciones. No pretendo que el contenido sea un relato exhaustivo de nuestro viaje a Kukuanalandia; he tratado por encima muchas cosas, como la leyenda de las armaduras que salvaron nuestras vidas en la batalla de Loo, además de las historias de los Silenciosos o colosos de la entrada de la cueva de estalactitas. También he dejado de lado las diferencias entre el dialecto zulú y el kukuano, además de omitir la descripción de la rica flora y fauna de Kukuanalandia.

Por cierto, su magnífica organización militar solo ha sido detallada de manera fortuita, sin ser explicada al detalle. En cuanto a las costumbres domésticas y familiares de las kukuanas, las alcancé a relatar sutilmente; pero sí es importante asegurar su fidedigna descripción.

Escaneado con CamScanner

Lo cierto es que lo mejor fue contar la historia de un modo sencillo y franco, lo cual fue aprobado por sir Henry Curtis y el capitán Good, así algunos temas fueron dejados para otra ocasión.

Por otro lado, solo me resta ofrecer disculpas por lo burdo de mi estilo. Soy un hombre acostumbrado a las armas mas no a la pluma; sin embargo, soy consciente de que se debe extrañar en este relato los adornos literarios que observo en las novelas que, muy de cuando en vez, ojeo. Pero sigo pensando que el lenguaje sencillo es el que más impresión causa, aunque seguro mi opinión carezca de valor en estos temas. Un refrán kukuano dice: "una lanza afilada no necesita brillo", y creyéndolo fielmente pienso que una historia verídica no necesita de adornos así sean los relatos más extraños que se pueda imaginar.

Allan Quatermain

EL ENCUENTRO CON SIR HENRY CURTIS Y CON EL CAPITÁN JOHN GOOD

Me resulta curioso que a mis cincuenta y cinco años tome una pluma y escriba una historia. Quién sabe cómo terminará, si logro terminarla. He hecho muchas cosas en mi vida: desde niño fui comerciante en la colonia, luego cazador, pescador y marinero. Hace ocho meses que hice fortuna; aunque no sé a cuánto asciende, no quisiera volver a pasar los últimos quince meses para conseguirla.

Soy un hombre tímido, ya no busco aventuras ahora y no sé por qué escribo esto; pero explicaré

Escaneado con CamScanner

las razones posibles. Empezaré diciendo que Sir Henry Curtis y el capitán John Good así me lo solicitaron. Además me hallo en cama y con una pierna lesionada. Otra razón es mi hijo Harry, quien estudia en Londres; espero que le divierta mi historia durante su estadía. Y por último, contaré la aventura más extraordinaria de todas las que recuerdo. Con mis razones claras, ya puedo comenzar.

Más allá de las tierras de Bamangwato, donde había estado cazando elefantes con muy mala suerte, caí enfermo de fiebres. En cuanto me repuse, me dirigí a los Campos de Diamantes, donde vendí el marfil, la carreta y los bueyes, despedía a mis cazadores y tomé rumbo a Ciudad del Cabo, donde me quedé una semana. Luego, resolví regresar a Natal en un buque.

Estando a bordo, me llamó la atención la apariencia de dos individuos: uno parecía de treinta años; tenía el pecho más robusto y los brazos más fornidos y largos que jamás he visto. Tenía el pelo rubio, una gran barba igualmente rubia y grandes ojos grises profundamente hundidos. Más tarde descubrí que este hombre del que hablo, que se llamaba sir Henry Curtis, tenía ascendencia danesa; esto demuestra cuánto delata la sangre. Al momento de verlo, me recordó profundamente a alguien, pero no supe a quién hasta mucho tiempo después.

Aquel que acompañaba a sir Henry era un hombre de estatura mediana, corpulento y de piel oscura. Luego supe que era un oficial de la Marina Real, de treinta y un años; tras diecisiete años de carrera, fue expulsado del servicio de Su Majestad. Averigüé que se llamaba Good, capitán John Good. Este era de aspecto

Escaneado con CamScanner

curioso, pues llevaba un monocular en el ojo derecho, el cual nunca se lo sacaba y casi parecía parte de su rostro.

Poco después de habernos puesto en camino, cayó la noche, que trajo un terrible mal tiempo; una llovizna irritante obligó a los pasajeros a alejarse de la cubierta. Como casi era imposible caminar en el buque por su insostenible balanceo, me acomodé junto a la sala de máquinas, donde hacía calor, y me detuve a mirar el péndulo que oscilaba al ritmo del contoneo del buque y marcaba el ángulo que tocaba en cada bandazo.

—Este péndulo está mal equilibrado —dijo una voz a mis espaldas, con cierto desagrado. Volví la cabeza y vi al oficial que me había llamado la atención al abordar el buque.

—¿Qué le hace creer eso? —pregunté.

—Si el barco se hubiese balanceado hasta el grado que señala el péndulo, no hubiera vuelto a balancearse; pero esto es propio de los capitanes de barcos mercantes, siempre tan descuidados.

Entonces, sonó la campana que anunciaba la cena y no dudé en dejar la conversación para después, porque escuchar cómo se adentra en un tema un oficial de la Marina Real es casi tan insoportable como escuchar la opinión de un capitán de barco mercante sobre los oficiales de la Marina Real. Bajamos a cenar juntos. Ambos, Curtis y Good, se sentaron juntos y yo frente a ellos. Hablé con el capitán sobre la caza; él me hacía preguntas y yo las respondía lo mejor que sabía. Al poco tiempo, estábamos hablando de elefantes.

—Ah, señor, si quiere saber de elefantes, ha dado con el hombre perfecto, el cazador Quatermain —dijo una persona sentada junto a mí.

Escaneado con CamScanner

Sir Henry, quien había guardado silencio mientras nos escuchaba, se sobresaltó e intervino con una voz profunda y grave, bastante adecuada para provenir de aquellos grandes pulmones.

—Dispénseme, señor, ¿me pareció oír que su nombre es Allan Quatermain?

Entonces, yo respondí que así era. Y sin hacer ninguna observación más, le oí murmurar para sus adentros la palabra "afortunado".

Al terminar de la cena y abandonar el salón, sir Henry me invitó a su camarote de cubierta a fumar pipa; así nos fuimos los tres a reposar lo cenado mientras tomábamos una botella de whisky que sir Henry Curtis había ordenado.

—Señor Quatermain —dijo sir Henry cuando el mayordomo hubo traído el whisky y encendido la lámpara—, hace dos años por estas fechas usted se encontraba, según tengo entendido, en un lugar llamado Bamangwato, al norte del Transvaal.

—En efecto —le respondí, sorprendido de que aquel caballero estuviese tan enterado de mis movimientos.

—Estuvo comerciando allí, ¿no es cierto? —intervino el capitán Good.

—Así es. Compré un carro lleno de mercancías, acampé fuera del pueblo y me quedé allí hasta que las vendí.

Sir Henry estaba sentado frente a mí, con los brazos apoyados sobre la mesa. Alzó la vista, clavándome sus grandes y ansiosos ojos grises.

—¿No conocería allí, por casualidad, a un hombre llamado Neville?

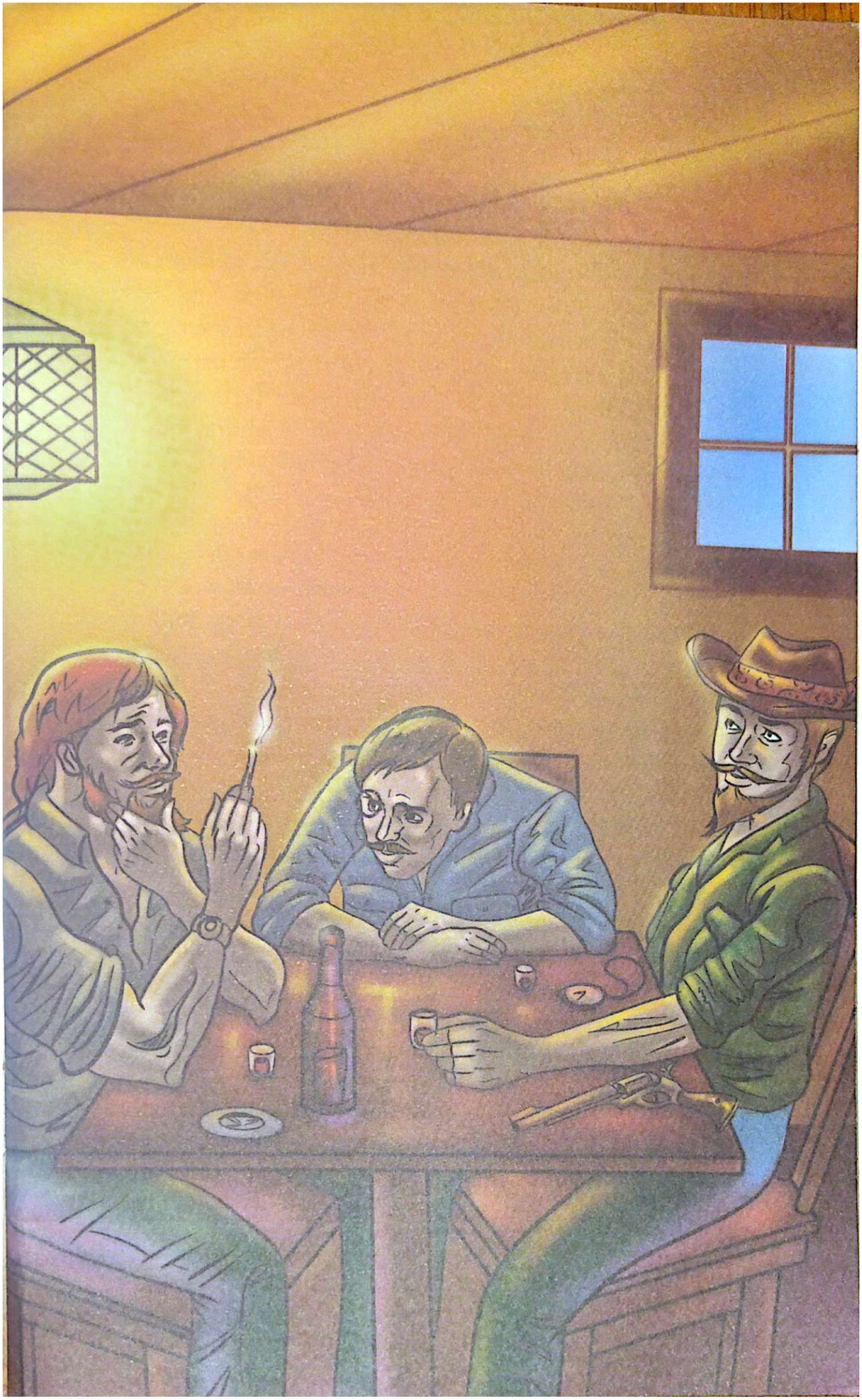
—Pues sí; acampó conmigo para dar descanso a sus bueyes antes de dirigirse hacia el interior.

Escaneado con CamScanner

—Señor Quatermain —dijo sir Henry—, supongo que no sabe el motivo del viaje del señor Neville hacia el Norte ni a qué lugar se dirigía.
—Oí decir algo—respondí.
—Voy a contarle una historia, señor Quatermain —dijo sir Henry—. El señor Neville era mi hermano.
—¡Ah! —exclamé sorprendido al comprender a quién me hizo recordar sir Henry al verlo. Su hermano era un hombre más pequeño y de oscuras barbas.
—Era —prosiguió sir Henry— mi único hermano. Se llama George, y hasta hace cinco años no creo que estuviéramos separados más de un mes; pero hace unos años nos peleamos me comporté injustamente con mi hermano, embargado por la ira.

Al llegar sir Henry a este punto, el capitán Good asintió con la cabeza vigorosamente.
—Quizá sepa usted —prosiguió sir Henry— que en Inglaterra si un hombre muere sin hacer testamento todo va a parar a su hijo mayor. Precisamente, en la época en que nos peleamos mi hermano y yo, nuestro padre murió sin haber testado. Por ello, mi hermano quedó sin un solo penique. Mi deber hubiera sido mantenerlo; pero nuestro enfado era tan terrible que no me ofrecí a apoyarlo. Tras adoptar el nombre de Neville, partió para Sudáfrica con la esperanza de hacer fortuna. De esto me enteré después. Pasaron tres años, y no tuve noticias de mi hermano; aunque le escribí. Cada día mi preocupación fue más grande, señor Quatermain.
—Me imagino —dije pensando en mi hijo Harry.
—Hubiera dado la mitad de mi fortuna por saber que se hallaba sano y que volvería a ver al único familiar que tengo ahora.

Escaneado con CamScanner



Escaneado con CamScanner

—Pero no lo hiciste, Curtis —lo increpó el capitán Good, lanzándole una mirada severa.
—Verá, señor Quatermain, con el paso del tiempo mi ansiedad por tener noticias de él se acrecentó; quería saber si vivía y traerlo a casa. Empecé a hacer averiguaciones y así fue como supe que George estaba con vida. Así que, para abreviar, decidí emprender la búsqueda con la gentil ayuda del capitán Good. Y ahora, quizá quiera contarnos lo que sabe o lo que ha oído decir sobre ese caballero que se hace llamar Neville.

LA LEYENDA DE LAS MINAS DEL REY SALOMÓN

Tras escuchar la historia narrada por sir Henry Curtis, empezó una especie de breve interrogatorio hacia mi persona.
—¿Qué oyó decir sobre mi hermano en Bamangwato? —empezó preguntando sir Henry.
—He oído lo siguiente y nunca se lo he mencionado a alguna persona hasta hoy. He oído decir que se fue en busca de las minas del Rey Salomón.
—¡Las minas del Rey Salomón! —exclamaron de inmediato—. ¿Dónde están?
—No lo sé —respondí—. Sé dónde se dice que están. Una vez vi las cimas de las montañas que supuestamente las rodean, pero entre ellas y yo se extendían ciento treinta millas de desierto. Pero quizá lo mejor que puedo hacer es contarles la leyenda, con la condición de que no revelen nada. ¿Están de acuerdo?
—Por supuesto, por supuesto.
—Pues bien —empecé—. Durante mi primera expedición de caza de elefantes en el país de los matabele,

Escaneado con CamScanner

un hombre me contó la leyenda de las minas del Rey Salomón, hace ya casi treinta años; se llamaba Evans. Una vez le contaba sobre unas explotaciones que había conocido mientras cazaba antílopes en el Transvaal. En el interior de la galería había montones de cuarzo y había construida una estructura que era un excelente trabajo de albañilería. Cuando terminé, Evans me dijo que me iba a contar una historia aun más sorprendente.

Los dos hombres escuchaban con suma atención mi relato.

—Me contó —proseguí— que en el interior del país había una ciudad abandonada De repente me preguntó si había oído hablar de las montañas de Sulimán, al noreste de Mashukulumbwe. Luego aseguró que ahí es donde realmente están las minas de diamantes de Salomón. Sustentó su afirmación mencionando que Sulimán era una derivación de Salomón; asimismo se amparó en el relato de una vieja hechicera del país de Manika, según el cual el pueblo que vivía al otro lado de esas montañas, una rama de los zulúes, más grandes y más bellos que estos, convivía con muchos brujos y guardaba el secreto de una mina maravillosa de "piedras brillantes".

Cesé mi relato por un instante para beber algo de whisky. Mientras tanto, me percaté de que mi reducido auditorio seguía perplejo mi narración.

—Luego de veinte años —dije, retomando la historia—, me encontraba de caza más allá del país de Manika, en Sitanda; pero sufrí un acceso de fiebres. Un día, me encontraba descansando frente a mi pequeña tienda de campaña, cuando apareció un portugués que andaba acompañado de un mestizo; aquel sabía algo de inglés y yo entiendo algo de portugués, así me dijo que se

Escaneado con CamScanner

llamaba José Silvestre y me confesó que iba en busca de las minas. Así que se dirigió resueltamente hacia el gran desierto. Pasó una semana y me había recuperado de la fiebre; una tarde, mientras observaba sentado en el suelo hundirse el sol en el horizonte, divisé una silueta de un hombre en la pendiente de una loma. El forastero se arrastraba sobre las manos y las rodillas. Al ver esto, envié a uno de mis cazadores a ayudarlo. ¿Quién dirían que resultó ser?

—José Silvestre, claro —dijo el capitán Good.

—Sí, José Silvestre. Llegó clamando por agua, y bebió a grandes tragos sin parar. Después tuvo un acceso de fiebre, y empezó a desvariar acerca de las montañas de Sulimán, de los diamantes y del desierto. Antes de fallecer, me dijo que me daría un papel escrito por su antepasado Juan da Silvestra, uno de los primeros portugueses que llegaron a estas costas hace trescientos años, para que yo pueda llegar a las minas. Me contó que el esclavo de su ancestro lo encontró muerto y llevó el manuscrito a sus parientes. Luego él se tomó el tiempo de descifrarlo. Al cabo de una hora, el portugués expiró.

—Pero ¿y el documento? —dijo sir Henry con un tono de profundo interés.

—¿Qué contenía el documento? —añadió el capitán.

—Si lo desean, se lo diré, caballeros. Solo se lo he mostrado a mi esposa, quien murió diciéndome que era una tontería, y a un viejo comerciante portugués borracho quien lo tradujo y a la mañana siguiente lo olvidó. El papel original está en mi casa de Durban, pero la versión inglesa está en mi agenda junto con un facsímil del mapa. Aquí está.

Escaneado con CamScanner

"Yo, Juan da Silvestra, que estoy muriendo de hambre en una pequeña cueva en el extremo norte de una de las montañas de Sulimán, escribo este papel en 1590. Si es encontrado por mi esclavo, que lo lleve a Portugal para que ponga el asunto en conocimiento del Rey, quien debe enviar un ejército que domine a los kukuanos; esto hará que sea el monarca más rico desde los tiempos de Salomón. He visto innumerables diamantes apilados en la cámara del tesoro de Salomón, detrás de la Muerte blanca; pero de la traición de Gagool, la hechicera, apenas mi vida pude rescatar. Quien venga que siga el mapa que dejo y que mate a la bruja Gagool. Rueguen por mi alma. Adiós.

Juan da Silvestra".

Cuando terminé de leer la versión traducida y les enseñé la copia del mapa dibujado por la mano moribunda de don Juan, siguió un silencio de asombro.

—Bueno —dijo el capitán Good—; he dado la vuelta al mundo dos veces y he tocado la mayor parte de los puertos, pero que me cuelguen si esta historia no la he escuchado de un libro de cuentos.

—Es una historia extraña, señor Quatermain —dijo sir Henry—. ¿No nos estará tomando el pelo?

—Si piensa eso, sir Henry, demos por terminado el asunto —dije muy ofuscado mientras guardaba el papel y me levantaba para irme. Entonces, sentí el peso de la enorme mano de su sobre mi hombro.

—Siéntese, señor Quatermain; me disculpo —dijo sir Henry—. La historia parece tan extraordinaria que me cuesta trabajo creerla.

—Cuando lleguemos a Durban les enseño el mapa y el texto originales —dije ya más calmado—. Pero todavía no he hablado de su hermano. Yo conocí a quien lo acompañaba, Jim; era un cazador de gran inteligencia

Escaneado con CamScanner

para ser nativo. La mañana que partió George, Jim estaba junto a mi carro. Al preguntar cuál era su rumbo, respondió que iban en busca de algo que valía más que el marfil y más que el oro: iban a buscar diamantes. Luego me preguntó si había oído hablar de los diamantes de las montañas de Salomón; y me contó que conoció a una mujer que le dijo que era de allí. Le advertí que si intentaban ir al país de Sulimán, sus cuerpos serían alimento de buitres; pero argumentó que los elefantes estaban acabándose y que su amo George tenía que hacer fortuna como sea. Esto es todo lo que sé sobre su hermano, sir Henry; pero mucho me temo que...

—Señor Quatermain —dijo sir Henry—, buscaré a mi hermano George y subiré a las montañas de Sulimán para hallarlo. ¿Quiere venir conmigo?

Viendo la importancia de la empresa, pedí tiempo para pensar hasta llegar a Durban.

TRAS LOS PASOS DE JUAN DA SILVESTRA

La travesía desde El Cabo hasta Durban dura cuatro o cinco días, y yo seguía reflexionando la propuesta hasta que llegamos a nuestro destino. En la cena, ellos me abordaron.

——Bueno, señor Quatermain —dijo sir Henry—, ¿ha pensado en mi proposición?

—Sí: he decidido acompañarlos bajo las siguientes condiciones: usted pagará todos los gastos; me pagará quinientas libras por mis servicios y yo lo serviré con fidelidad hasta que todo termine; antes de partir, firmará un documento mediante el que se comprometa a pagarle a mi hijo Harry, quien estudia medicina en el Hospital

Escaneado con CamScanner

Guy de Londres, doscientas libras durante cinco años en el caso de mi muerte.

—Acepto con gusto —respondió sir Henry.

Al llegar a Durban, sir Henry y Good se quedaron en la cabaña que tenía en Berea. Lo primero que conseguí fue el documento que aseguraba el bienestar de mi hijo. Y poco a poco fui adquiriendo lo necesario para el viaje: bueyes, provisiones, medicinas y armas.

Encontré a un conductor y al guía sin mucha dificultad, dos zulúes llamados respectivamente Goza y Tom; pero los criados tenían que ser de absoluta confianza y muy valientes, puesto que en un viaje de este tipo nuestra vida podía depender de su comportamiento. Finalmente encontré dos: un hotentote llamado Ventvogel y un pequeño zulú llamado Khiva, que tenía el mérito de hablar inglés perfectamente.

Un día antes de partir, Khiva me avisó que un hombre me buscaba; le dije que lo trajese ante mí. Era hombre muy alto, de buena contextura, con unos treinta años de edad; su nombre era Umbopa y era del pueblo zulú, pero no pertenecía a su raza. Me buscó para ofrecernos su trabajo a cambio de un lugar para vivir y de comida. Se lo presenté a sir Henry, quien lo tomó a sus servicios.

No contaré cada incidente desde nuestra partida de Durban hasta Sitanda. Salimos a finales de enero y cuando acampamos cerca de Sitanda ya era la segunda semana de mayo. En el camino, nuestras aventuras fueron muchas y diversas; pero como no son muy distintas de las que suelen acontecer a cualquier cazador africano, no las explicaré aquí con una excepción que a continuación detallaré.

Escaneado con CamScanner

A los quince días de salir de Inyati, nos topamos con una bellísima región boscosa; las laderas de las colinas estaban densamente cubiertas de arbustos. Allí comimos juntos alrededor del fuego. De pronto, escuchamos un rugido...

—Es un león —dije mientras escuchábamos, y todos nos pusimos de pie de un salto, atentos.

Apenas habíamos hecho este movimiento, cuando se oyó un barritar estridente.

—Son elefantes —aseguraron los zulúes.

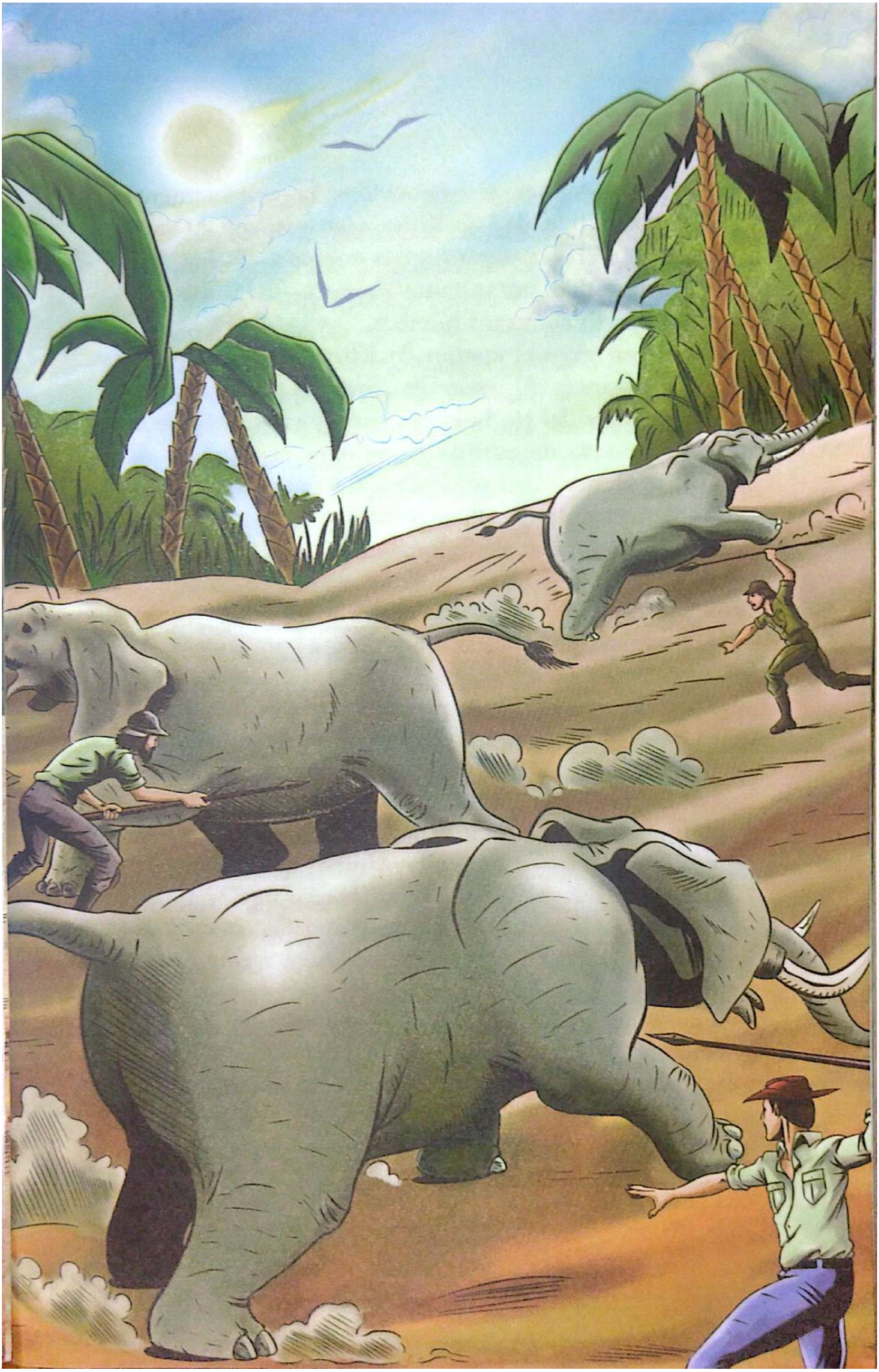
—Parece que estamos en el paraíso de la caza. Propongo que paremos aquí uno o dos días y probemos suerte —dijo sir Henry.

Al día siguiente, fuimos en búsqueda de los animales que escuchamos la noche anterior; pronto los encontramos, no muy lejos de donde yacíamos, y elegimos uno diferente para matar. Los tres fusiles dispararon: el elefante de sir Henry cayó muerto con una bala en el corazón; el mío fue herido y cayó de rodillas y cuando intentó levantarse paré su sufrimiento con una bala en el cerebro.

Cuando busqué a Good con la mirada, este corría despavorido junto con Khiva: los perseguía el elefante que había herido; la bestia enfurecida amenazaba lanzarse también contra nosotros.

El capitán Good cayó al suelo y Khiva volteó a tirar su lanza contra la cabeza del elefante para ayudar a Good; la bestia emitió un rugido de dolor, cogió al pobre Khiva con su trompa y lo apretó y sacudió tan fuerte que su cuerpo se dividió en dos partes. El elefante estaba tan herido que, mientras respiraba por última vez Khiva, cayó pesadamente y expiró.

Escaneado con CamScanner



Escaneado con CamScanner

Todos estábamos conmovidos; lamentablemente la valentía y la fidelidad de Khiva acabaron con su vida. Umbopa se acercó a mirar ambos cuerpos.

—Está bien—dijo un instante después—; ha muerto, pero ha muerto como un hombre.

Enterramos el cuerpo de Khiva en un hoyo de hormigas gigantes. Al tercer día partimos a Sitanda, que se situaba cerca del río Lukanga; este lugar constituía el verdadero punto de partida de nuestra expedición. Al llegar, Sir Henry y yo subimos a un gran monte para ver el desierto; desde allí lográbamos ver el contorno azul de las montañas de Sulimán.

—He ahí —dije— el muro de las minas de Salomón, pero Dios sabe si alguna vez lo atravesaremos.

—Mi hermano puede estar allí y llegaré para encontrarlo —repuso sir Henry.

—¿Ese es el país donde se propone a llegar, Incubu?— quiso saber Umbopa. Incubu significa elefante en su lengua; así habían denominado los zulúes a sir Henry.

Sir Henry se limitó a asentir con firmeza.

—El desierto es grande. ¿Cómo piensa llegar y con qué propósito? —volvió a preguntar Umbopa.

—Voy en su búsqueda mi hermano; creo que está allá.

—Me parece, Incubu, que tenemos mucho en común: yo también tengo un hermano perdido en medio de las montañas.

—¿Qué sabes de las montañas? —pregunté.

—No mucho; solo sé que hay un pueblo de hombres valientes, una tierra llena de brujos y un gran camino.

Lo miré desconfiado; ese hombre sabía mucho.

—No me tema, señor —dijo interpretando mi mirada —. No haré algo en su contra.

Escaneado con CamScanner

Durante todo el día siguiente descansamos y dormimos, y al atardecer comimos abundantemente. Después, tras llevar a cabo los últimos preparativos, nos tumbamos y esperamos a que saliera la luna. Finalmente, alrededor de las nueve, se elevó inundando aquellas tierras salvajes, y proyectando un extraño brillo sobre la vasta extensión de desierto ondulado ante nuestros ojos,

—Caballeros —dijo sir Henry con voz baja y profunda—, vamos a emprender un viaje extraordinario. Es muy dudoso que vayamos a tener éxito. Pero somos tres hombres que se mantendrán juntos hasta el final, tanto en la fortuna como en la desgracia.

Quitándose el sombrero, se cubrió la cara con las manos durante unos minutos para rezar; Good y yo hicimos lo mismo.

—Y ahora, en marcha —ordenó sir Henry.

Era un viaje solitario y desolado, porque, con la excepción de unos cuantos avestruces, no se veía un solo ser viviente en la vasta extensión de la llanura arenosa. No teníamos con qué guiarnos, salvo las lejanas montañas y el viejo mapa de Juan da Silvestra. Caminamos durante toda la noche, hasta que vimos los primeros rayos de sol. No podíamos seguir avanzando porque el calor nos sofocaría acabando con nuestras fuerzas, así que decidimos comer y dormir un poco. Por suerte, divisamos una pequeña elevación de rocas que emergía de la llanura, y hacia ella nos arrastramos; encontramos un bloque que sobresalía, alfombrado por debajo con arena fina, lo que proporcionaba un refugio sumamente agradable contra el calor.

Allí nos quedamos a la espera de que saliera la luna. A las diez apareció, bella y serena como siempre,

Escaneado con CamScanner

y tras otra parada a las dos de la mañana, seguimos caminando penosamente durante toda la noche, hasta que el sol puso punto final a nuestra caminata. Bebimos un poco y nos tumbamos en la arena, completamente agotados, y pronto nos quedamos dormidos.

No había necesidad de establecer turnos de vigilancia, porque no teníamos nada que temer de nadie ni de nada en aquella vasta llanura deshabitada. Nuestros únicos enemigos eran el calor, la sed y las moscas. En esta ocasión, no tuvimos la suerte de encontrar una roca que nos resguardara de la luz deslumbradora del sol, por lo que nos despertamos alrededor de las siete de la mañana, experimentando exactamente la misma sensación que podría atribuirse a un filete en la parrilla. Literalmente, nos estábamos asando.

NUESTRA LLEGADA A KUKUANALANDIA

Ya habíamos cubierto unas cincuenta millas de desierto. No caminábamos; avanzábamos a trompicones, cayendo de vez en cuando vencidos por el agotamiento. Temíamos por la vida de Ventvogel, quien estaba al borde de la extenuación absoluta. Sentíamos miedoante la idea de morir por falta de agua. Si ese día al salir la luna no encontrábamos agua, sería nuestro fin.

Hacia las cuatro de la mañana, completamente rendidos física y mentalmente, llegamos al pie de una imponente colina. Allí terminó la agonía de Ventvogel, quien no soportó más el cansancio. Nos detuvimos y, empujados por la sed apremiante, apuramos las últimas gotas de agua. Discutimos sobre nuestra situación, realmente grave. No quedaba ni una gota de agua.

Escaneado con CamScanner

—Si no encontramos agua, también moriremos —dijo sir Henry.
—Si confiamos en el viejo mapa de Da Silvestra, tiene que haber agua cerca —dije, pero a nadie pareció convencer esta observación.

Mientras nos contemplábamos con perplejidad, vi que Umbopa caminaba con los ojos fijos en el suelo. Se detuvo repentinamente, y señaló a la tierra.
—¿Qué pasa? —preguntamos; todos nos levantamos al unísono y nos dirigimos a donde señalaba el zulú.
—Muy bien —dije al llegar—; son huellas recientes de gacela; ¿y qué?
—Pues que las gacelas no se alejan mucho del agua —contestó Umbopa.

Era un consuelo que Umbopa hubiera visto las huellas, pero no encontrábamos rastros de agua.

Sir Henry se acariciaba pensativo la rubia barba.
—Quizá esté en la cumbre de la colina —sugirió.
—¡Qué tontería! —dijo Good—. ¿A quién se le ocurre que pueda haber agua en la cima de una colina?
—Vamos a verlo —intervine.

Con muy pocas esperanzas, escalamos dificultosamente las laderas empinadas de la colina, con Umbopa a la cabeza. De pronto, se detuvo como petrificado.
—¡Aquí hay agua! —gritó.

Nos precipitamos hacia él; allí, en una profunda hondonada, había una charca de agua. No nos detuvimos a preguntarnos cómo había llegado hasta un lugar tan extraño. Nos precipitamos hacia la charca, y a los pocos segundos estábamos sorbiendo aquel líquido.

Nos habíamos dedicado tanto a beber que pasamos por alto el hermoso paisaje que teníamos a nuestro

Escaneado con CamScanner

alrededor: por debajo, a unos cinco mil pies de donde nos encontrábamos, se extendían leguas del más delicioso paisaje de fértiles campos. Acá había densas manchas de grandiosos bosques; allá un gran río serpenteaba en su lecho de plata. A la izquierda había una vasta extensión de hierba, en la que distinguimos incontables manadas de animales salvajes. A la derecha, se erguían colinas solitarias en mitad de la llanura, con parcelas de tierras de cultivo entre medias, en las que se veían claramente grupos de chozas de forma abovedada.

Nos sentamos un rato y contemplamos el bello panorama. Finalmente, sir Henry rompió el silencio.

—¿No hay nada en el mapa referente a la gran carretera de Salomón? —preguntó con sumo interés.

Asentí, con los ojos aún fijos en la distancia.

—¡Sí, mire; allí está! —respondí señalando a la derecha.

Curtis y Good miraron en aquella dirección; allí se veía lo que parecía ser una amplia carretera que serpenteaba hacia la llanura.

Todo ese día descansamos junto al agua. Al anochecer, sintiendo otra vez fuerza en nuestros cuerpos, nos preparamos para reanudar nuestra marcha. Antes de partir dimos sepultura a Ventvogel.

Aquella noche descendimos por una altiplanicie durante casi veinticinco millas. No podíamos ver lo que se extendía a nuestros pies, porque el terreno estaba velado por la bruma. Cuando salió el sol y despejó durante un rato las misteriosas neblinas, dejó al descubierto a unas quinientas yardas por debajo de nosotros, al final de una pendiente, una mancha de verdura, por la que corría un arroyo. Hacia el mediodía habíamos descendido lo suficiente para llegar a esa región. Al llegar allá,

Escaneado con CamScanner

durante aproximadamente una milla nos abrimos paso entre arbustos; hasta que llegamos a un bosquecillo.

Nos instalamos allí para comer. Luego, prendiendo nuestras pipas, nos sentamos a descansar; el reposo, considerando las fatigas que habíamos sufrido recientemente, nos pareció divino.

Sir Henry estaba con Umbopa conversando en lo que era una mezcla de inglés con zulú. Good, al borde del arroyo, saciaba su sed. De pronto, vi que un rayo de luz pasaba velozmente al costado de su cabeza; atemorizado, dio un salto.

A poco más de diez de Good, había un grupo de hombres de piel cobriza y estatura muy alta; algunos llevaban plumas de color negro y llevaban en la espalda pieles de leopardo.

Se empezaron a acercar mientras que sir Henry, Good y Umbopa sacaban sus fusiles; mas los nativos no se detuvieron.

—¡Bajen las armas! —grité a mis compañeros.

Me obedecieron al instante. Nos convenía la conciliación, así que me puse a la cabeza de ellos.

—Salud —dije en zulú y, para mi sorpresa, aquellos hombres me entendieron—. Somos extranjeros y venimos en son de paz.

—Mienten. Ustedes son extranjeros y la ley de los kukuanos ordena su muerte —dijo un nativo.

—¿Qué demonios dice ese hombre? —preguntó Good.

—Dice que vamos a ser asesinados —contesté estremeciéndome al ver que llevaban sus manos al cinto.

—¡Gran Dios! —exclamó Good, haciendo un ruido seco con su dentadura postiza. Los kukuanos, al verlo, lanzaron un grito de horror y retrocedieron.

Escaneado con CamScanner

—Abra la boca —le indiqué a Good, quien lo hizo mostrando su boca vacía de dientes.

—Veo que son espíritus —afirmó el joven—. ¿Acaso existe algún hombre que tenga un ojo redondo y transparente y que pueda desaparecer sus dientes?

—Comprenden, entonces, que luego de tan ingrata bienvenida y de un viaje tan largo, estamos iracundos y decididos a vengar su acogida.

—Perdón para él, señores. Es Scragga, hijo del rey, y yo soy su tío, Infadoos —dijo un anciano del grupo, quien palidecía mientras defendía al joven—. Responderé con mi sangre por su vida.

—Está bien —repliqué con mirada atemorizante—. Llévenos con su rey ahora. No intenten engañarnos, pues nos metemos en sus cabezas y conocemos sus pensamientos antes de que logren hacer algo contra nosotros.

El viejo inclinó la cabeza en señal de obediencia y dijo "Kom Kom", lo que era el saludo real.

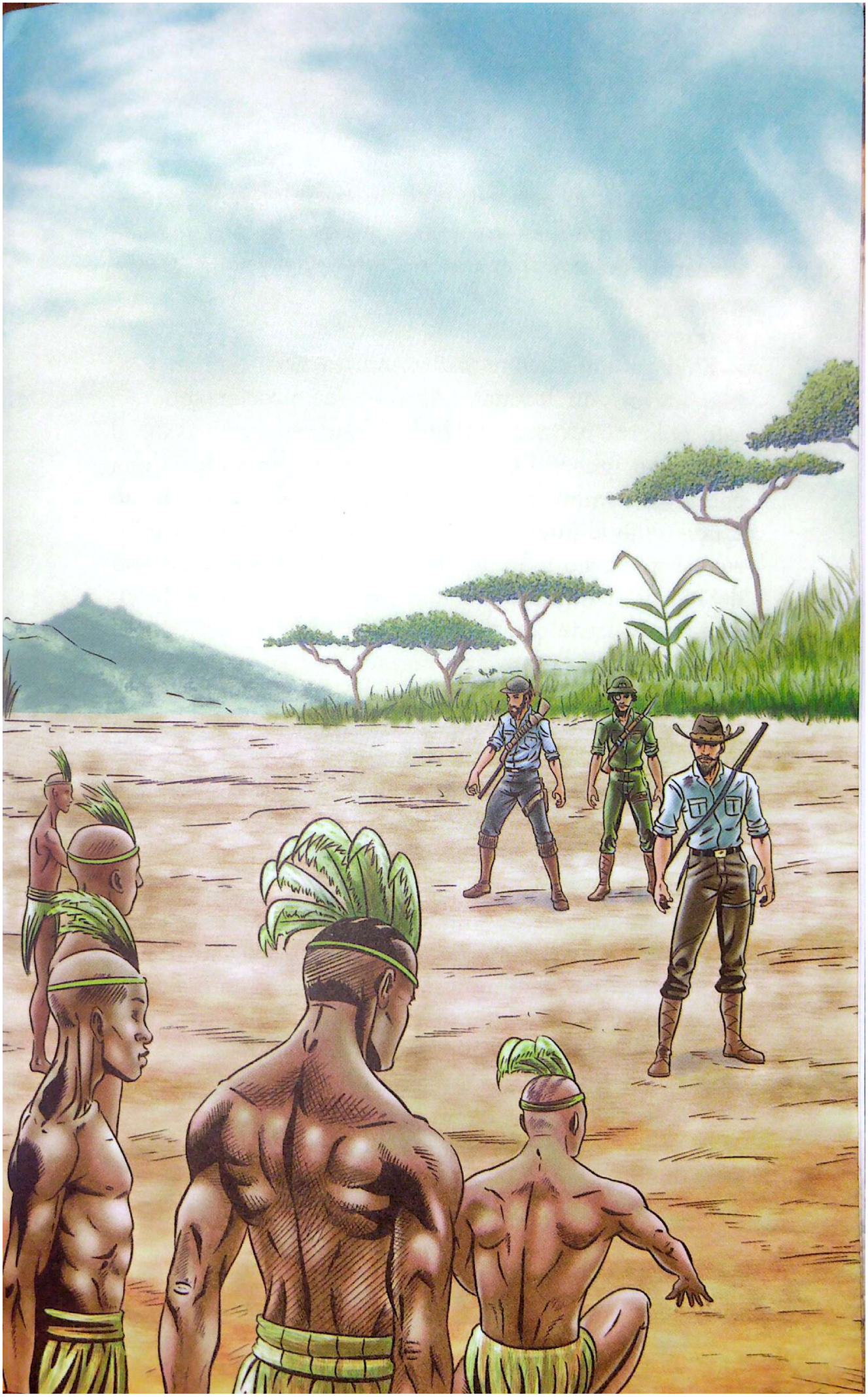
Durante toda esa tarde marchamos hacia el Noroeste. Al remontar un pequeño monte, nos topamos con la carretera de Salomón; era una carretera espléndida, excavada en la roca viva, de al menos cincuenta pies de anchura. Le pregunté a Infadoos quién había sido el arquitecto de esta obra; este respondió que él también desconocía su origen.

—¿Cuándo llegó aquí la raza kukuana? —proseguí.

—Señor, se cree que la raza kukuana podría haber llegado hace unos diez millones de años. La tierra era excelente, así que decidieron instalarse en este territorio. Hoy el rey Twala cuenta con un gran ejército.

—Y si el país está rodeado de montañas, ¿contra quiénes pelean?

Escaneado con CamScanner



Escaneado con CamScanner

—No, señor, el país está abierto hacia el norte y muchas veces nos han invadido, aunque hemos logrado vencerlos. Además hay guerras interiores y todos tienen que prepararse.

—¿Por qué?

—El rey Kafa, nuestro padre, murió hace tiempo y su hijo mayor, mi hermano Imotu, fue proclamado rey; este gobernó y tuvo un hijo de su esposa favorita al que llamó Ignosi. Después nuestro pueblo padeció una época de hambre en y Gagool, la sabia mujer que no muere, dijo al pueblo que Imotu no era el rey verdadero; así que trajo a Twala, mi medio hermano y gemelo de Imotu, a quien ella había mantenido escondido en una cueva desde que nació. Ante los kukuanos, Gagool mostró en Twala la sierpe sagrada con la que el rey es marcado al nacer. Entonces Twala corrió hacia Imotu y le clavó un cuchillo en el corazón. Luego el pueblo gritó: "Él es el rey; Twala es nuestro rey".

—¿Y qué pasó con la mujer de Imotu y con su hijo Ignosi?

—Cuando vio que su marido estaba muerto, se marchó con su hijo y desde entonces nadie sabe de ellos.

—Si Ignosi estuviera vivo, ¿sería el rey de los kukuanos?

—Sí, señor, pues tiene la sierpe sagrada en su pecho. Yo también soy hijo de Kafa y, por tanto, hermano de Twala; pero nací de una mujer que no era su favorita.

Al llegar al pueblo donde habitaban los kukuanos, mucha gente salió a recibirnos.

—No se alarmen —dijo Infadoos—; no hay peligro. Este regimiento está a mi mando y vienen a recibirlos.

Cuando estuvimos cerca de ellos, vimos que estaban adornados con grandes plumas negras sobre la

Escaneado con CamScanner

cabeza; en el pecho y la rodilla, llevaban cintos de rabo de buey blanco; y en su brazo izquierdo, escudos redondos. Las armas que portaban eran muy rudimentarias: cargaban espadas cortas de doble filo; al parecer eran usadas en la lucha cuerpo a cuerpo.

El pueblo era muy organizado y las viviendas rectangulares se dividían por calles que hechas de pavimento de piedras. Las mujeres eran esbeltas y graciosas, de cabello ondulado y labios gruesos pero no grotescos como las mujeres africanas.

Ante una choza grande al centro del poblado, Infadoos se detuvo.

—Entren, hijos de las estrellas —dijo en tono solemne—, y descansen en estas habitaciones.

Un rato después, oímos gritos y risas que venían desde fuera; se trataba de muchachas que nos traían carne asada, miel y leche. Al recibirlas, ellas seguían entre risas, pues les parecíamos seres extraños; pero no las atemorizábamos. Invitamos a Infadoos y Scragga.

Durante la cena, el viejo se mostró muy amable mientras que el joven parecía algo celoso. Habiendo comido, encendimos una pipa y los otros dos quedaron asombrados. Pronto pregunté por nuestra partida, a lo que Infadoos nos respondió que sería al día siguiente porque tenía que avisar primero al rey Twala, quien se hallaba en la ciudad de Loo preparándose para la gran fiesta anual; nosotros deberíamos llegar en dos días.

La charla terminó; ellos se retiraron y tres de nosotros nos dispusimos a dormir, mientras que uno permaneció vigilante. Los indígenas tenían buen trato con nosotros porque nos creían hijos de las estrellas; pero nuestra integridad no estaba asegurada.

Escaneado con CamScanner

ANTE LA PRESENCIA DEL REY TWALA

Caminamos durante dos días hacia la ciudad de Loo, viendo numerosas chozas de diferente tamaño. Loo era una ciudad muy grande con un río lleno de puentes. A lo lejos se distinguían unas cumbres que parecían los puntos de un triángulo. Infadoos nos sorprendió viendo aquellas montañas y dijo:

—La carretera termina allá, en "Los tres silenciosos".

—¿Por qué termina? —pregunté.

—Nadie lo sabe; las montañas están llenas de cuevas y existe un abismo entre ellas. Es el "Lugar de la muerte"; allí están encerrados nuestros reyes y, según dicen, los hombres inteligentes de la antigüedad iban a buscar algo en esos parajes.

—Esas son las minas del Rey Salomón —dije a mis compañeros, tan pronto como Infadoos se marchó.

—Sí, señor —dijo Umbopa —; los diamantes están allí, y ustedes los conseguirán.

—¿Cómo sabes eso, Umbopa?

—Eso lo soñé anoche. —Y luego se marchó.

—Nuestro amigo sabe mucho aparentemente. Y en cuanto a mi hermano, ¿sabrá algo? —dijo sir Henry.

—Todos aquí dicen no haber visto algún hombre blanco en estas tierras —respondí.

Cuando llegó la noche, la luz de la luna se veía entre la llanura. Atravesamos la calle principal de Loo hasta que nos detuvimos ante la cabaña donde nos íbamos a hospedar. Dentro había pieles, jarros y carne asada en fuentes de madera; al ver esto, comimos y bebimos. Luego juntamos las camas y nos acostamos.

Escaneado con CamScanner

Al sentir los primeros rayos de sol, nos despertamos. Frente a la cabaña, las servidoras aguardaban por nuestra presencia. Infadoos nos informó que el rey Twala nos esperaba. Preparamos el rifle que hasta entonces había sido utilizado por Ventvogel como regalo para el Rey. Luego marchamos guiados por Infadoos hacia la fiesta.

Al llegar observamos una gran cabaña rodeada por otras más pequeñas; se abrió la puerta de la central y apareció la figura del rey Twala, acompañado de Scragga, quien venía detrás de él, y una tercera figura que a simple vista parecía un animal. El Rey era de gran estatura y fuerte complexión; llevaba una pluma de avestruz blanca, el tórax cubierto por una armadura y portaba una espada. En el cuello, un collar de oro y en la frente, un diamante.

El pueblo entró en una especie de histeria; todos gritaban con una fuerza tremenda:

—¡Kom! ¡Kom! ¡Es el rey!

Luego, su voz poderosa se escuchó:

—Hombres blancos que están aquí con nosotros, los saludo.

—Salud, Twala, rey de los kukuanos —respondí.

—Hombres blancos, ¿qué buscan aquí?

—Venimos de las estrellas a conocer a esta tierra.

—Vienen desde muy lejos a conocer poca cosa... y su compañero, ¿también viene desde las estrellas? —dijo señalando a Umbopa.

—Sí; en los cielos hay gente de tu color. Pero ¡no preguntes cosas como esas, rey Twala!

—No hablen en voz alta, hombres de las estrellas. Recuerden que están lejos de su lugar, que están aquí.

Escaneado con CamScanner

—¡Oh, Rey! Camina con cuidado por las piedras calientes; puedes quemarte los pies. Nosotros podemos matar desde lejos, algo que ustedes desconocen.
—Lo que dices necesito verlo yo, así que mata a un hombre de los que ves ahora.
—No, nosotros no matamos hombres —repliqué.

Entonces, trajeron un buey y le di el honor de disparar a sir Henry; él estaba nervioso pues su puntería le fallaba en ocasiones.
—¡Ahora! —le dije.

Sir Henry disparó el gatillo y el animal cayó al sueño, mientras todos gritaban de asombro. El Rey vio entonces que no le había mentido; sir Henry le ofreció el rifle como regalo. Le advertimos que jamás debía usarlo contra algún hombre.

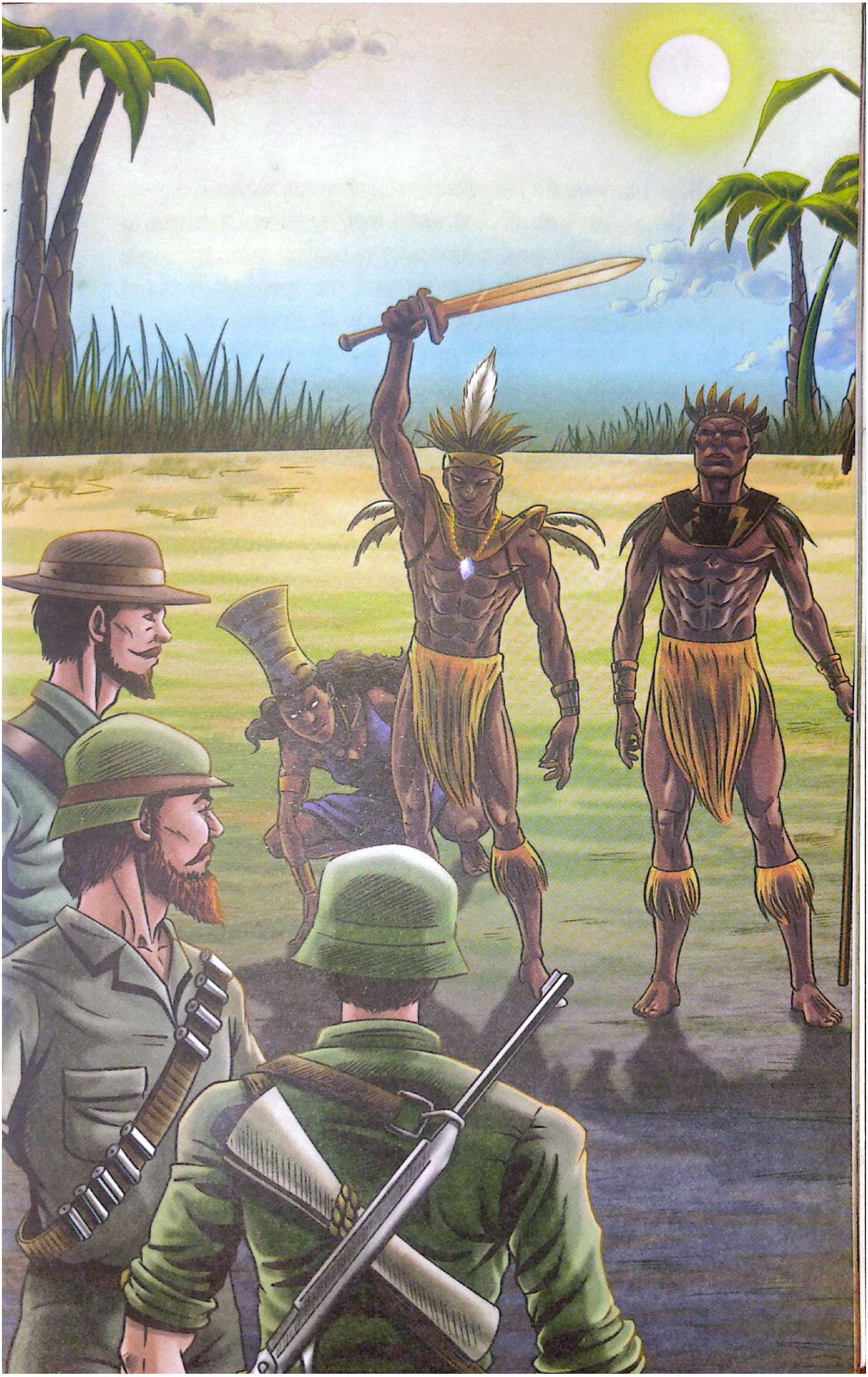
De pronto, por un costado avanzó como un mono esa figura de animal que yacía escondida detrás del Rey; se despojó de los trapos que la cubrían y apareció el cuerpo de una mujer cuya piel mostraba los muchísimos años que tenía. Poseía una mirada penetrante y negra que brillaba como si fuera de metal.

Entonces la vieja dijo:

—¡Escucha, Rey! ¡Escucha, pueblo! ¡Escuchen, montañas, llanuras, ríos y cielo! ¡Escuche, todo aquello que crezca y que deba vivir y morir! ¡Voy a profetizar! ¡Voy a profetizar!

El terror se adueñó de todos, incluso de nosotros, y la vieja empezó a gritar aun más:
—¡Sangre, sangre! Ríos de sangre. La veo, la huelo. Se escuchan pasos... La carretera fue hecha por hombres blancos que estuvieron aquí antes que nosotros y que volverán para destruirnos. Yo lo sé todo. ¿Qué buscan,

Escaneado con CamScanner



Escaneado con CamScanner

hombres blancos de las estrellas? ¿Buscan a alguien perdido? Él no está aquí. Durante siglos, ningún hombre blanco ha venido por estas tierras, salvo uno que se marchó para morir. Sé que vienen por piedras brillantes. Las encontrarán, sí, pero cuando la sangre esté seca. Y tú, el de la piel oscura, ¿quién eres y qué buscas? No vienes a buscar las piedras y yo te conozco; creo que te puedo reconocer...

En este momento la vieja comenzó a temblar y cayó al suelo en trance. La gente se asustó y se retiró despavorida. El rey no sabía qué hacer: la vieja había dicho cosas extrañas y eran una señal de que tenía que matarlos; por otro lado, temía matar a los hombres de las estrellas. Por ello, los dejó ir esa noche.

De regreso en la cabaña, conversé con el viejo Infadoos y le manifesté mi opinión sobre su rey, sobre lo salvaje que me parecía. Me preocupó aun más cuando me avisó que mandaría a matar a todos los hombres que temía, pues la bruja Gagool diría que eran brujos. Me confesó que quizás aprovecharía la ocasión para matarlo y que el pueblo estaba cansado de sus injusticias; pero no le podían quitar el mandato porque lo sucedería Scragga, quien era más terrible y salvaje que Twala.

—Si Ignosi, el hijo de Imotu, no hubiera muerto, la situación sería distinta; sin embargo, ninguno de ellos vive —dijo desolado el viejo Infadoos.

—¿Cómo sabe que Ignosi ha muerto? —preguntó Umbopa, y añadió —: Infadoos, la vieja historia dice que el rey Imotu fue asesinado y que su esposa huyó con el niño Ignosi; ambos habrían muerto en las montañas, ¿no es así?

—Sí, eso se dijo.

Escaneado con CamScanner

—La verdad es que no murieron. Lograron subir la pendiente, atravesar el desierto y hallar alimento. Ellos siguieron avanzando hasta Amazulu donde vivieron hasta la muerte de la madre. Luego, el hijo viajó con los blancos; trabajó y aprendió mucho, mientras soñaba con todo lo que su madre le había contado. Hasta que un día encontró unos hombres que iban a Kukuanalandia y te encontraron a ti, Infadoos.

—Estás mal de la cabeza —dijo el guerrero.

—¿Crees que estoy equivocado? Yo soy Ignosi, rey legítimo de los kukuanos; te lo demostraré —Se sacó la camisa que llevaba y señaló la sierpe tatuada que tenía en su piel.

—¡Koom! ¡Koom! ¡Es el hijo de mi hermano; es el rey! —dijo el anciano, cayendo de rodillas.

—Levántate, guerrero. Yo no soy rey aún, pero si contara con tu ayuda, con la de tus guerreros y con la de los hombres blancos, llegaré a serlo. La vieja bruja tenía razón: la sangre caerá y la suya será la primera, porque ella mató a mi padre con sus palabras. ¿Quieres ayudarme a destronar al asesino?

—Ignosi, pongo mis manos entre las tuyas; lucharé por mi legítimo rey y por la libertad.

—Serás un personaje importante en mi reino. Y ustedes hombre blancos, ¿me ayudarán? Si yo logro vencer a Twala y a su hijo, ustedes encontrarán las piedras blancas y podrán llevárselas.

Todos aceptamos; sir Henry porque guardaba cierto aprecio por Umbopa o Ignosi y Good porque deseaba apoyar en la faena.

Llegada la noche, entraron mensajeros del rey con regalos para nosotros: se trataba de cotas de malla

Escaneado con CamScanner

y espadas de guerra que eran de reyes pasados. Twala debía estar muy asustado o muy contento para dárselas. Entonces, los hombres blancos se colocaron tales armaduras, y llevaron las espadas y sus revólveres

Salieron a la fiesta y encontraron al Rey, quien les dio la bienvenida diciéndoles que se preparen porque dentro de poco verían rodar las cabezas de quienes tenían veneno en sus corazones. Frente al Rey se encontraban presentes sus regimientos de guerreros. Luego, se oyó un canto que decía: "¿Qué destino guarda al hombre nacido de mujer?". Y todo el pueblo a una sola voz: "¡La muerte!, ¡La muerte!". De pronto, se escucharon los pasos de unas viejas de cabellos blancos adornados con vejigas infladas y collares de huesos. Iniciaron una danza, que se hizo cada vez más rápida; la hechicera, totalmente enloquecida y lanzando un alarido, tocó su varilla a un robusto guerrero, quien fue asesinado con una estocada en el corazón y le destrozaron la cabeza con el peso de un mazo.

La escena se repitió incesantemente. Ya eran cien muertos y sus cuerpos fueron echados a nuestras espaldas. Nos dispusimos a parar el derramamiento de sangre, pero el rey Twala nos detuvo.

—Deja que la ley siga su curso, hombres blancos. Esos perros son perversos; conviene que mueran.

Gagool seguía con sus idas y venidas, hasta que se detuvo y alzó su varilla tocando la espalda de Umbopa o Ignosi.

—¡Él debe morir; está lleno de maldad! ¡Mátenlo antes de que la sangre corra!

—¡Oh, Rey! Este hombre es nuestro servidor —dije con temor—. Quien lo toque, morirá al instante.

Escaneado con CamScanner

—Gagool ha hablado y debemos matarlo, hombres blancos. ¡Agárrenlo! —gritó Twala a los verdugos.

Ignosi hinchó su pecho como quien dará pelea y venderá cara su vida.

—Quietos, perros —advertí, mientras apuntaba con mi revólver al Rey. Sir Henry lo hizo contra el jefe de los verdugos y Good apuntó a la vieja bruja Gagool.

Al ver nuestra reacción, Twala nos dejó ir en paz, no sin antes aclarar que lo hacía en honor a la hospitalidad y no por temor de nuestras armas mágicas. Así nosotros retornamos a nuestras cabañas.

Durante un buen rato nos quedamos sentados y en silencio, porque nos sentíamos demasiado abrumados por los recuerdos de los horrores que habíamos presenciado. Finalmente, cuando ya estábamos a punto de acostarnos oímos ruido de pasos. A los pocos segundos entró Infadoos en la cabaña seguido de una media docena de jefes de aspecto digno.

—Mis señores —dijo—, he venido, cumpliendo mi palabra. He traído conmigo a estos hombres —Y señaló a los jefes, que estaban en fila—, que son grandes hombres entre nosotros, pues cada uno de ellos tiene a su mando tres mil soldados. Les he contado lo que he visto y lo que he oído. Ahora, permitan que ellos también vean la serpiente sagrada y que oigan tu historia, Ignosi, para que decidan si deben hacer causa común contigo contra Twala, el rey.

Por toda respuesta, Ignosi volvió a despojarse de sus prendas y exhibió la serpiente que llevaba tatuada. Los jefes se acercaron a él por turno y la examinaron a la débil luz de la lámpara, y sin decir palabra se colocaron al otro lado.

Escaneado con CamScanner

Entonces Ignosi volvió a ponerse la ropa y, dirigiéndose a ellos, repitió la historia que nos había contado por la mañana.

—Ahora que lo han oído, jefes —dijo Infadoos cuando Umbopa terminó el relato—, ¿qué dicen? ¿Se quedarán al lado de este hombre y lo ayudarán a recuperar el trono de su padre, o no? La tierra clama contra Twala, y la sangre del pueblo corre como las aguas en primavera. Lo han visto esta noche. Decidan, hermanos míos.

El mayor de los seis hombres, un guerrero bajo y de fuerte complexión, con el pelo blanco, se adelantó unos pasos y dijo:

—Tus palabras son ciertas, Infadoos. La tierra clama. Mi propio hermano se encuentra entre los que han muerto esta noche, pero hay un asunto de gran importancia y que cuesta trabajo creer. ¿Cómo sabemos que si alzamos nuestras lanzas en son de guerra no lo haremos a favor de un impostor? Si él es en verdad el rey legítimo, que nos hagan una señal, y que el pueblo tenga una señal para que todos la podamos ver.

—Tienen la señal de la serpiente —repliqué.

—Mi señor, eso no es suficiente. Pueden haber colocado ahí la serpiente cuando nació este hombre. Muestren una señal. No nos moveremos sin una señal.

Los demás asintieron con decisión, yo me volví hacia sir Henry y Good, y les expliqué la situación.

—Creo que tengo una idea —dijo Good exultante—. Dígales que nos concedan unos minutos para pensar.

Así lo hice, y los jefes se retiraron. En cuanto se hubieron marchado, Good se dirigió hacia donde estaba la cajita que contenía las medicinas y sacó un cuaderno, en cuya cubierta había un calendario.

Escaneado con CamScanner

—Miren esto, amigos, ¿no es mañana cuatro de junio?

Habíamos ido tomando nota del paso de los días con sumo cuidado, por lo que pudimos confirmarlo.

—Muy bien. En ese caso, ya tenemos la señal. "Cuatro de junio, eclipse total de luna. Comienza a las 8,15, hora de Greenwich. Visible en Tenerife, África, etc.". Dígales que vamos a oscurecer el sol mañana.

Era una idea estupenda. En realidad, lo único que podíamos temer era que el calendario de Good estuviese equivocado. Si hacíamos una profecía falsa sobre un tema semejante, nuestro prestigio se desvanecería para siempre, y lo mismo ocurría con la oportunidad de Ignosi de acceder al trono.

UNA SEÑAL PARA OBTENER LA CONFIANZA DE LOS KUKUANOS

Pasamos la mañana siguiente ocupados en recibir visitas de cortesía y curiosidad. Disfrutamos de un par de horas de tranquilidad. Alrededor de las once y media llegó un mensajero de Twala para invitarnos a la gran "danza anual de las muchachas" que estaba a punto de celebrarse.

Nos pusimos apresuradamente las cotas de malla que nos había regalado el Rey, cogimos los rifles y la munición para tenerlos a mano en caso de que tuviésemos que huir y partimos con valentía, aunque por dentro temblábamos de miedo.

La gran explanada que se extendía ante la cabaña del rey presentaba un aspecto muy diferente del que tenía la noche anterior. En lugar de las apretadas filas de guerreros ceñudos, se veían innumerables grupos de

Escaneado con CamScanner

muchachas kukuanas, coronadas con una guirnalda de flores y con una hoja de palma en una mano y en la otra un largo lirio.

En el centro de la explanada estaba sentado Twala, el rey, con la vieja Gagool a sus pies, escoltado por Infadoos, su hijo Scragga y doce guardias. También estaban presentes una serie de jefes, entre los que reconocí a la mayoría de la noche anterior.

Twala nos recibió con aparente cordialidad, aunque vi que clavaba malignamente sus ojos en Umbopa.

—Bienvenidos, hombres blancos de las estrellas —dijo—; éste es un espectáculo distinto al que contemplaron vuestros ojos anoche a la luz de la luna. Las muchachas son hermosas, y si no fuera por ellas —Señaló a su alrededor—, ninguno de nosotros estaría aquí. ¿Quieren esposas de nuestro pueblo, hombres blancos? Si es así, elijan a las más bellas y serán suyas.

—Gracias, oh Rey; pero nosotros los hombres blancos solo nos unimos con mujeres blancas como nosotros. ¡Sus doncellas son hermosas, pero no son para nosotros!

Twala frunció el ceño, pero no dijo nada más.

—¡Que empiece la danza! –gritó.

Al instante se adelantaron las muchachas, en grupos, cantando una dulce canción y girando las delicadas palmas y las flores blancas. Bailaban y bailaban; giraban una y otra vez, se unían en mímica lucha, cimbreándose, arremolinándose acá y allá.

—¿Cuál les parece la más bella, hombres blancos? —preguntó el Rey.

—La primera –respondí.

—Entonces, mi opinión coincide con la suya. Mala cosa es para ella, porque debe morir.

Escaneado con CamScanner

—¿Por qué, oh Rey? —pregunté con indignación—. La muchacha ha bailado bien y nos ha complacido.

Twala se echó a reír y replicó:

—Es nuestra costumbre, y las estatuas de piedra que están allí sentadas —Y señaló hacia las tres cumbres distantes— deben tener lo que les corresponde. Si no enviara a la muerte hoy a la muchacha más bella, la desgracia caería sobre mí y sobre mi casa.

Tras lanzar una mirada desesperada al brillante sol, me coloqué con toda la dignidad de que fui capaz entre la muchacha postrada y la lanza de Scragga, que avanzaba hacia ella.

—Rey —dije—, esto no debe hacerse. No vamos a tolerarlo. Deja marchar a la muchacha.

Twala se levantó de su asiento, airado y atónito, y brotó un murmullo de sorpresa entre los jefes y las filas de muchachas, que se habían acercado anticipando la tragedia.

—¿Es que estás loco? ¿Cómo puedes impedirlo? Scragga, mátala. ¡Eh, guardias! Capturen a esos hombres.

A estas órdenes acudieron velozmente varios hombres armados. Sir Henry, Good y Umbopa se agruparon junto a mí y levantaron los rifles.

—¡Alto! —grité con decisión, aunque en ese momento tenía el alma en vilo—. ¡Deténganse! Nosotros, los hombres blancos de las estrellas, decimos que no debe hacerse. Acérquense un paso más y apagaremos el sol y sumiremos la tierra en la oscuridad. Probarán el sabor de nuestra magia.

Mi amenaza surtió efecto. Los hombres se detuvieron, y Scragga se quedó inmóvil frente a nosotros, con la lanza en alto. Levanté la vista hacia el sol, y vi,

Escaneado con CamScanner

con júbilo y alivio intensos, que no nos habíamos equivocado. En el filo de la gran esfera había un reborde oscuro, en tanto que sobre la brillante superficie se esparcía una ligera bruma.

Alcé la mano solemnemente hacia el cielo, ejemplo que siguieron sir Henry y Good, y cité un versículo del Antiguo Testamento en el tono de voz más impresionante que pude adoptar. La penumbra se deslizó lentamente por la brillante superficie, y al mismo tiempo oí un profundo gemido de terror que ascendía de la multitud que nos rodeaba.

—¡Mira, oh Rey! —grité—. ¡Mira, Gagool! ¡Miren, jefes y pueblo y mujeres! ¡Comprueben si los hombres blancos de las estrellas cumplen su palabra o si son tan sólo unos embusteros!

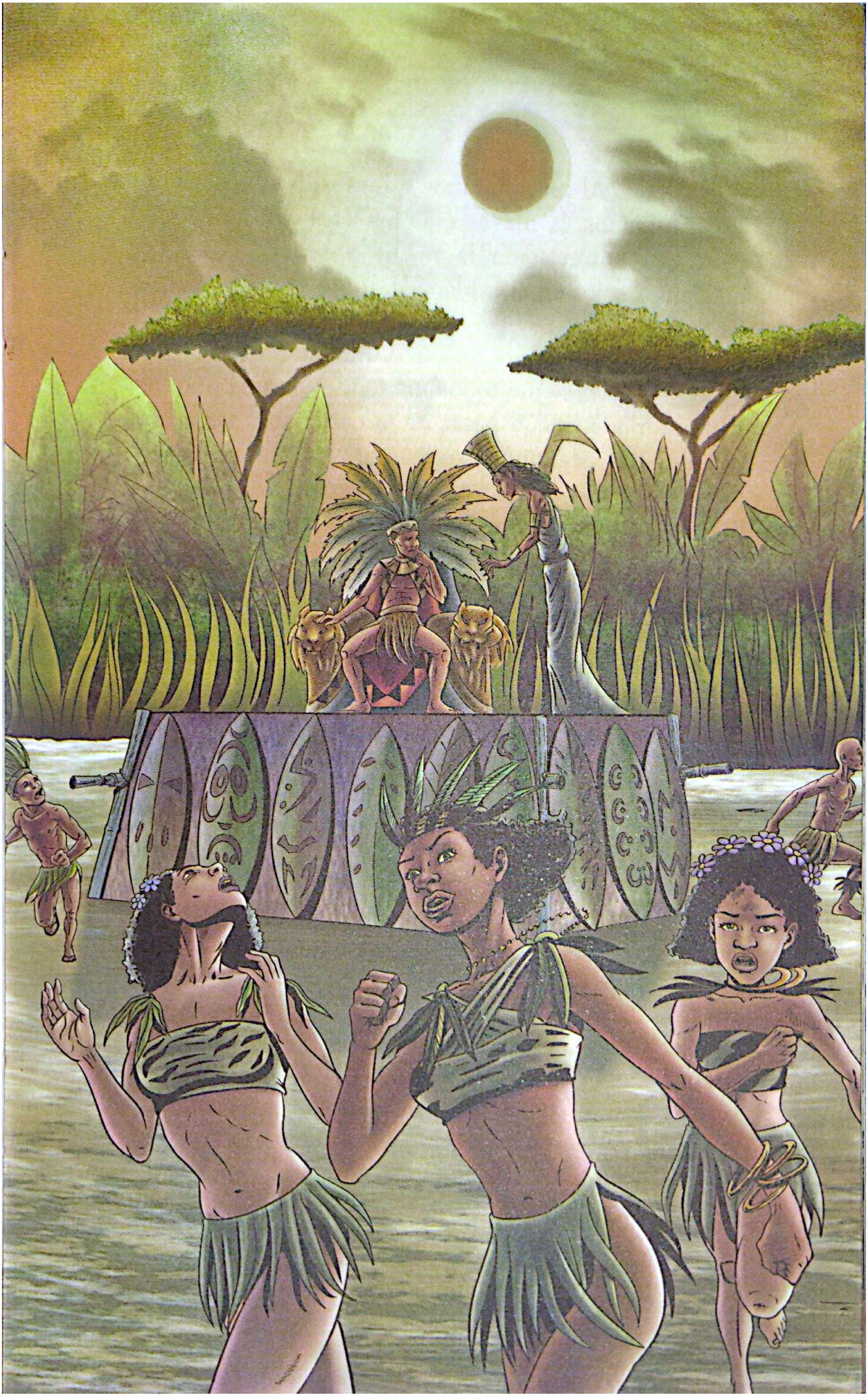
El anillo de oscuridad siguió creciendo; ya cubría más de la mitad de la esfera. Y así siguió, hasta que apenas podíamos ver los feroces rostros que teníamos delante de nosotros.

—El sol se muere... los hechiceros han matado al sol —aulló Scragga—. ¡Todos moriremos en las tinieblas!

Movido por el miedo o la ira, levantó su lanza y la arrojó con todas sus fuerzas contra el ancho pecho de sir Henry. Pero desconocía que llevábamos puestas las cotas de malla que nos había regalado el Rey bajo de nuestras ropas. El acero rebotó sin herirlo, y antes de que pudiera repetir el golpe, sir Henry le arrebató la lanza y lo atravesó.

Todos los kukuanos estaban enloquecidos por el terror de las tinieblas crecientes de la maligna sombra que, según creían, estaba devorando el sol. El propio Rey, los guardias, algunos jefes y Gagool huyeron hacia

Escaneado con CamScanner



Escaneado con CamScanner

las cabañas. Al cabo de unos minutos, la muchacha salvada, Infadoos, la mayoría de los jefes con quienes nos habíamos entrevistado la noche anterior, y nosotros, quedamos solos en la explanada, junto al cuerpo muerto de Scragga.

Por suerte para nosotros, Infadoos y los jefes conocían perfectamente todos los senderos de la gran ciudad; de modo que, a pesar de la oscuridad, avanzamos con rapidez. Seguimos caminando durante una hora o más, hasta que, finalmente, empezó a desaparecer el eclipse. Entonces descubrimos que estábamos lejos de la ciudad de Loo y nos acercábamos a una colina grande y aplanada.

Ignosi nos informó que había ordenado a los regimientos que formasen al despuntar el alba, para explicarles con detalle las circunstancias de la rebelión que había sido decidida por los jefes, y para presentarles al legítimo heredero al trono, Ignosi.

En cuanto salió la luna, las tropas, en total casi veinte mil hombres, formaron en una amplia explanada, hacia la que nos dirigimos. Después de haberse ordenado el silencio, Infadoos se dirigió a todos ellos. Les narró, en lenguaje vivo y vigoroso, la historia del padre de Ignosi, su vil asesinato a manos de Twala, el rey, y cómo su mujer y su hijo fueron arrojados del poblado para que muriesen de hambre. Después señaló que la tierra sufría y gemía bajo el cruel reinado de Twala. Prosiguió diciendo que los señores blancos de las estrellas, al contemplar su país, habían comprendido sus problemas y decidido aliviar su suerte; por este motivo, habían tomado de la mano al verdadero rey del país, Ignosi, que languidecía en el exilio, y lo habían

Escaneado con CamScanner

conducido a través del desierto. Terminó diciendo que los hombres blancos estaban dispuestos a combatir con ellos, a ayudarlos a derrotar a Twala y a llevar al trono al rey legítimo Ignosi.

Terminó su discurso entre un murmullo de aprobación, y entonces Ignosi dio un paso al frente y empezó a hablar. Tras reiterar todo lo que había dicho Infadoos, su tío, concluyó la convincente arenga con estas palabras:

—¡Oh jefes, capitanes, soldados y pueblo! Ahora deben elegir entre mi persona y aquel que ocupa el trono, mi tío, que mató a su hermano y quiso que el hijo de su hermano muriese en medio del frío y de la noche. Que yo soy el verdadero rey, estos —Y señaló a los jefes— lo pueden confirmar; porque ellos han visto la serpiente tatuada en mi cuerpo. ¿Han elegido ustedes, jefes, capitanes, soldados, pueblo?

—¡Hemos elegido, oh Rey! —fue la respuesta.

LA BATALLA CONTRA EL REY TWALA

Fue aquella una noche atareada, ya que empezamos los preparativos para el día siguiente en la medida que nos lo permitió la luz de la luna. A continuación nos marchamos y dormimos un par de horas.

Al alba nos despertó Infadoos, que vino a decirnos que se observaba una actividad febril en Loo, y que a nuestros puestos estaban llegando patrullas de escaramuzadores del Rey.

Nos levantamos y nos vestimos para la refriega; sir Henry se vistió como un guerrero nativo. "Cuando estés en Kukuanalandia, haz lo mismo que los kukua-

Escaneado con CamScanner

nas", sentenció mientras se ponía un uniforme de guerra completo que Infadoos le había proporcionado. Se ajustó al cuello la capa de piel de leopardo de los oficiales; y se ciñó en la frente el penacho de plumas negras de avestruz, que sólo utilizaban los generales de alto rango. Completaban su atuendo unas sandalias, una pesada espada de guerra y un escudo redondo de hierro.

Los ropajes eran, sin duda, salvajes; pero debo añadir que nunca he visto nada tan extraordinario como el aspecto que presentaba sir Henry Curtis ataviado de esa forma. Por ello, nos vestimos de la misma manera.

En cuanto nos terminamos de prepararnos, engullimos a toda prisa un poco de comida y nos pusimos en marcha hacia la cima de la colina. Desde allí observamos a las tropas del Rey al salir de Loo como hileras de hormigas. Aquellas columnas parecían interminables; había tres en total, y cada una contaba al menos con doce mil hombres. En cuanto se alejaron de la ciudad, los guerreros formaron una sola columna. Entonces, avanzaron lentamente y sin la menor señal de prisa. Cuando se encontraban a unas quinientas yardas de nosotros, la columna se detuvo al pie de una explanada que subía hacia la colina.

—¡Ay, daría cualquier cosa por una ametralladora! —gruñó Good—. Limpiaría la llanura en veinte minutos.

—No la tenemos, así que de nada sirve lamentarse. Pero ¿por qué no dispara, Quatermain? A ver si puede alcanzar a ese tipo alto que parece estar al mando —dijo sir Curtis.

Cargué el rifle, esperé hasta que se hubo adelantado unas diez yardas a sus tropas, me tumbé al suelo, apoyé el rifle sobre una roca y apunté. Aquel hombre

Escaneado con CamScanner

Escaneado con CamScanner

estaba inmóvil y me ofrecía todo tipo de facilidades, así que disparé. Alzó los brazos y cayó de bruces.

Los guerreros que habían visto la proeza dieron vítores ante aquella exhibición de la magia del hombre blanco, que ellos tomaron como presagio de victoria; mientras tanto, las tropas a las que pertenecía el general empezaron a retroceder en desordenada confusión. Sir Henry y Good cogieron sus rifles y empezaron a disparar contra la columna enemiga.

Durante un rato, la densa masa de guerreros que configuraban ambos bandos retrocedió y avanzó como una marea en los feroces flujos y reflujos de la batalla, con resultados dudosos. Sir Henry observaba la desesperada lucha con mirada enardecida; sin decir palabra, y seguido por Good, se abalanzó hacia lo más duro de la refriega. Yo me quedé donde estaba. Los soldados vieron su alta figura al sumergirse en la batalla y gritaron:

—¡Nanzia Incubu! (¡Ahí va el Elefante!) ¡Chielé! ¡Chielé! (¡Mata! ¡Mata!)

A partir de aquel momento, los resultados de la batalla ya no fueron dudosos. Pulgada a pulgada, aunque luchando con desesperada valentía, las fuerzas atacantes tuvieron que retroceder colina abajo, hasta que finalmente se retiraron con cierto desorden.

En ese momento, levantando su espada, Ignosi dio la señal de avanzar y, emitiendo el grito de guerra kukuano, sus combatientes cargaron con un empuje como el embate del mar. A ellos me uní con ímpetu.

No soy capaz de contar lo que siguió inmediatamente. Todo lo que recuerdo es una acometida furiosa que pareció sacudir la tierra, un súbito cambio de frente

Escaneado con CamScanner

y de posiciones del regimiento contra el que iba dirigida la carga; después un choque espantoso, un sordo rugido de voces y un continuo flamear de lanzas, visto a través de una neblina roja de sangre.

Cuando mi mente se despejó, me encontré junto a los restos de los guerreros en la pendiente de la colina; justo detrás de mí, se hallaba el propio sir Henry. En ese momento no tenía ni idea de cómo había llegado hasta allí, pero él me contó después que fui arrastrado por la furiosa carga de los guerreros casi hasta sus pies y que allí me quedé cuando ellos, a su vez, fueron rechazados. Entonces él salió del círculo de la batalla y me empujó hasta el exterior.

De repente, se oyó "Twala, Twala" de la masa de guerreros rivales que se replegaba frente a nosotros; y salió el Rey en persona, también armado con espada y escudo.

—¿Dónde estás, Incubu, hombre blanco que asesinó a mi hijo? ¡A ver si puedes matarme a mí! —gritó.

Entonces, con un alarido, Twala se abalanzó sobre él, y le asestó un golpe en el escudo con la espada con tal ímpetu que, a pesar de ser un hombre fuerte, sir Henry cayó de rodillas. El corazón me dio un salto en el pecho; pensé que todo había terminado. Pero no; con un rápido movimiento ascendente del brazo izquierdo, sir Henry interpuso el escudo entre su cuerpo y la espada, con el resultado de que un trozo del escudo quedó cortado limpiamente y el golpe cayó sobre su hombro izquierdo, pero no con la suficiente fuerza como para producirle una herida grave. A los pocos segundos, sir Henry descargó otro golpe, que Twala también esquivó con el escudo. A continuación, se produjo un golpe tras

Escaneado con CamScanner

otro, que eran recibidos por los escudos o esquivados. De pronto, Twala asestó un golpe a Curtis que le alcanzó en el pecho. El golpe dio en el blanco con gran fuerza, pero el acero de la cota de malla lo rechazó. Al mismo tiempo el enorme inglés hizo acopio de energías, giró la espada sobre su cabeza y le acometió con todas sus fuerzas.

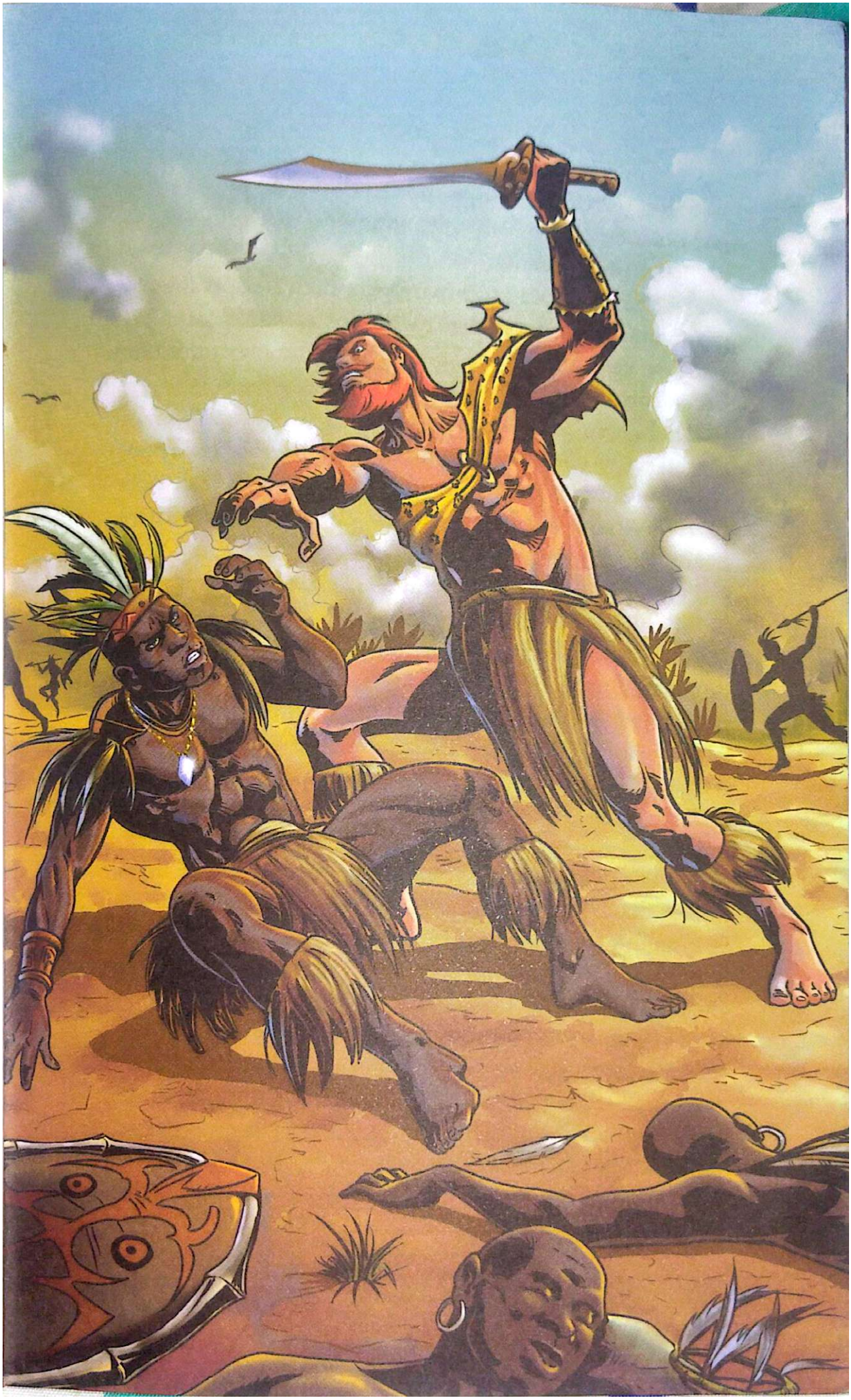
Un grito de terror surgió de mil gargantas, y el cuerpo inerte del Rey quedó en el suelo para no levantarse más. Entonces, me acerqué a donde yacía Twala, desaté el diamante de la frente del muerto y se lo entregué a Ignosi.

—Tómalo —dije—, legítimo rey de los kukuanos.

Cuando acabó la pelea, llevaron a sir Henry y a Good a la cabaña de Twala, donde me reuní con ellos. Ambos estaban completamente agotados por el esfuerzo y la pérdida de sangre, y francamente, mi estado no era mucho mejor. Alrededor de las ocho recibimos la visita de Infadoos, que no parecía encontrarse demasiado mal, a pesar de ser guerrero viejo, por los esfuerzos realizados. Infadoos nos dijo que todos los regimientos de Twala se habían sometido a Ignosi, y que empezaban a someterse todos los jefes del país. La muerte de Twala a manos de sir Henry había puesto punto final a cualquier posibilidad de rebelión, porque Scragga era hijo único y no quedaba vivo ningún aspirante al trono.

En el transcurso de la mañana, recibimos una corta visita de Ignosi. Mientras observaba cómo avanza hacia nosotros con regia dignidad, no pude evitar recordar al zulú de alta estatura que se presentara ante nosotros en Durban unos meses atrás, pidiendo que le tomásemos a nuestro servicio.

Escaneado con CamScanner



Escaneado con CamScanner

—Salve, ¡Oh Rey! —dije, poniéndome de pie.
—Sí, señor. Al fin soy rey, gracias a sus esfuerzos —contestó rápidamente.

Según dijo, todo marchaba bien y esperaba preparar una gran fiesta dentro de dos semanas para presentarse ante el pueblo. Le pregunté qué había decidido hacer con Gagool.
—Es el genio maléfico de esta tierra —contestó—. Voy a matarla, y con ella, a todos los hechiceros. Ha vivido tanto que nadie recuerda cuando era joven, y siempre ha sido ella la que ha hecho que el mal asolase nuestra tierra bajo la mirada de los cielos.
—Pero sabe mucho —repliqué—; es más fácil destruir la sabiduría que obtenerla, Ignosi.
—Así es —dijo pensativo—. Solo ella conoce el secreto de los tres silenciosos de allá lejos, por donde discurre la gran carretera, donde están enterrados los reyes.
—Sí, y dónde están los diamantes. No olvides tu promesa, Ignosi; debes llevarnos hasta las minas, incluso si tienes que perdonar la vida a Gagool para que nos indique el camino.
—No la olvidaré, señor. Pensaré en lo que has dicho.
Pocos días después, Ignosi celebró su gran "indaba" (consejo) y fue reconocido oficialmente como rey por los "indunas" (hombres principales) de Kukuanalandia. Cuando hubo acabado la ceremonia, esperamos a Ignosi, y le informamos que deseábamos investigar el misterio de las minas por las que discurría la carretera de Salomón.—Amigos míos —contestó—, he descubierto lo siguiente. Allí es donde se encuentran las tres grandes estatuas, llamados los Silenciosos, a quien Twala quiso ofrecer un sacrificio. También es allí donde se

Escaneado con CamScanner

encuentran enterrados los reyes de este país, en una cueva excavada a gran profundidad. También allí, en el Lugar de la Muerte, se encuentra una cámara secreta, que nadie conoce, excepto Gagool.

EN LAS MINAS DEL REY SALOMÓN

Después de tres días, acampamos al pie de las montañas en que acababa la gran carretera de Salomón. El grupo estaba compuesto por nosotros tres, por Infadoos y por Gagool, a quien llevaban en una litera, donde la oía murmurar y blasfemar todo el día.

Los tres picos de las montañas tenían forma de triángulo. Delante de nosotros se extendía la gran carretera de Salomón, que llegaba hasta el pie del pico central, a unas cinco millas. Ascendimos penosamente la carretera bordeada de matorrales durante una hora y media o más. Al acercarnos, vimos unos colosos de una extraña especie, y conjeturamos que eran los tres Silenciosos que tanto temor inspiraban a los kukuanos.

Sobre enormes pedestales de roca oscura, con inscripciones de caracteres desconocidos, separados unos de otros por veinte pasos y de cara a la carretera, había tres colosales formas sentadas —dos de hombre y una de mujer— que medían cada una veinte pies desde la cabeza hasta el pedestal. Formaban una trinidad que inspiraba profundo temor, allí sentados en soledad, mirando eternamente la llanura.

Infadoos llegó al lugar en que nos encontrábamos. Trajeron la litera de Gagool. Frente a nosotros, a una distancia de unos cincuenta pasos de la parte posterior de los colosos, se alzaba una escarpada muralla de

Escaneado con CamScanner

roca. En cuanto bajó de la litera, Gagool nos dirigió una malvada sonrisa, y apoyándose en un bastón se dirigió renqueante hacia allá. La seguimos hasta llegar a un estrecho portal con sólidas arcadas, que parecía la entrada de la galería de una mina. Allí nos esperaba Gagool.

—Y bien, hombres blancos de las estrellas, fortalezcan sus corazones para poder soportar lo que van a ver. ¿Vienes tú, Infadoos, que traicionaste a tu señor?

Infadoos frunció el ceño al contestar.

—No, yo no voy. Yo no tengo nada que hacer ahí dentro. Pero tú, Gagool, refrena tu lengua, y ten cuidado de cómo tratas a mis señores.

Sin más preámbulos, Gagool se sumergió en un pasadizo, que se iluminaba débilmente. Al momento siguiente, nos encontramos en una enorme cueva. Dispuestas en fila en toda su longitud, había descomunales estalactitas. Gagool nos llevó hasta el fondo de la caverna, donde encontramos otra entrada, cuadrada en la parte superior, como en los templos egipcios.

—¿Están preparados para entrar en el Lugar de la Muerte? —preguntó Gagool.

—Continúa, bruja —dijo Good, tratando de aparentar que no estaba asustado.

Entramos en el pasadizo y tras caminar unos veinte pasos me encontré en una lúgubre estancia. A primera vista pude vislumbrar una enorme mesa de piedra, con una colosal figura blanca en un extremo y varias figuras blancas de tamaño natural alrededor. En verdad era una visión fantasmagórica. Allí, sujetando con sus dedos una lanza grande y blanca, estaba sentada la Muerte en persona, bajo la forma de un colosal esqueleto humano de una altura de quince pies o más.

Escaneado con CamScanner

—¿Y qué demonios es eso? —dijo sir Henry, señalando a la parda criatura sentada en la mesa.
—¡Ji, ji, ji! —rió Gagool—. La maldición cae sobre los que penetran en la cámara de los muertos. ¡Ji, ji, ji, ja, ja! Vamos, Incubu, el valiente en la batalla, entra a ver al que mataste.

La bruja lo condujo hacia la mesa. Los demás los seguimos. Ella se detuvo y señaló el objeto pardo. Sir Henry lo miró y retrocedió con una exclamación. Completamente desnudo, estaba sentado el cadáver de Twala. Entonces comprendí lo que ocurría: el cuerpo de Twala se estaba convirtiendo en una estalactita. Este es el modo en que el pueblo kukuano preserva a sus reyes muertos desde tiempo inmemorial. Los petrifica.
—Y ahora, Gagool —dije—, llévanos a la cámara.
Hacia allá nos dirigimos. Al ver por fin la cámara del tesoro de Salomón, fue tan grande nuestra excitación que me puse a temblar. Gagool se detuvo en el estrecho sendero excavado en la roca viva. Al principio, todo lo que dejaba ver la débil luz de una lámpara era una habitación que no medía más de diez pies cuadrados.
—Si quieren encontrar las piedras, mis señores deben mirar allí donde está más oscuro —dijo Gagool—. Allí encontrarán un nicho, y tres arcas de piedra.
—Mire esa esquina, Curtis —dije, señalando el lugar que Gagool había indicado.

Apoyadas contra la pared de aquel nicho había tres arcas de piedra que medían dos pies cuadrados.
—¡Miren! —repitió roncamente sir Henry, colocando la lámpara por encima del arca abierta.
Dirigimos nuestras miradas hacia allí, pero durante unos momentos no pudimos distinguir nada, debido a

Escaneado con CamScanner

un resplandor plateado que nos cegaba. Cuando nuestros ojos se acostumbraron, vimos que el arca estaba llena de diamantes sin tallar, en su mayoría de tamaño considerable.

—¡Ji, ji, ji! —rio la vieja Gagool a nuestra espalda, revoloteando a nuestro alrededor como un vampiro—. Ahí están las piedras brillantes que tanto les gustan, hombres blancos. Cogedlas, comedlas, bebedlas... ¡ja, ja, ja! ¡Saciaos, señores blancos!

Animados por estas palabras, pusimos manos a la obra de quitar las tapas de las otras dos arcas. Pero lo que no vimos fue la mirada terrible y maligna que nos dedicó la vieja Gagool mientras salía arrastrándose como una serpiente de la cámara del tesoro y se dirigía por el pasadizo hacia la enorme puerta de piedra, que cerró lentamente.

La imponente mole se había cerrado, probablemente para siempre. Nadie podía esperar forzar aquella puerta con algo que no fuese dinamita en grandes cantidades. Encendí una cerilla con manos temblorosas. Mientras duró el resplandor escudriñamos el lugar. A su luz vimos que al fondo había un estrecho túnel.

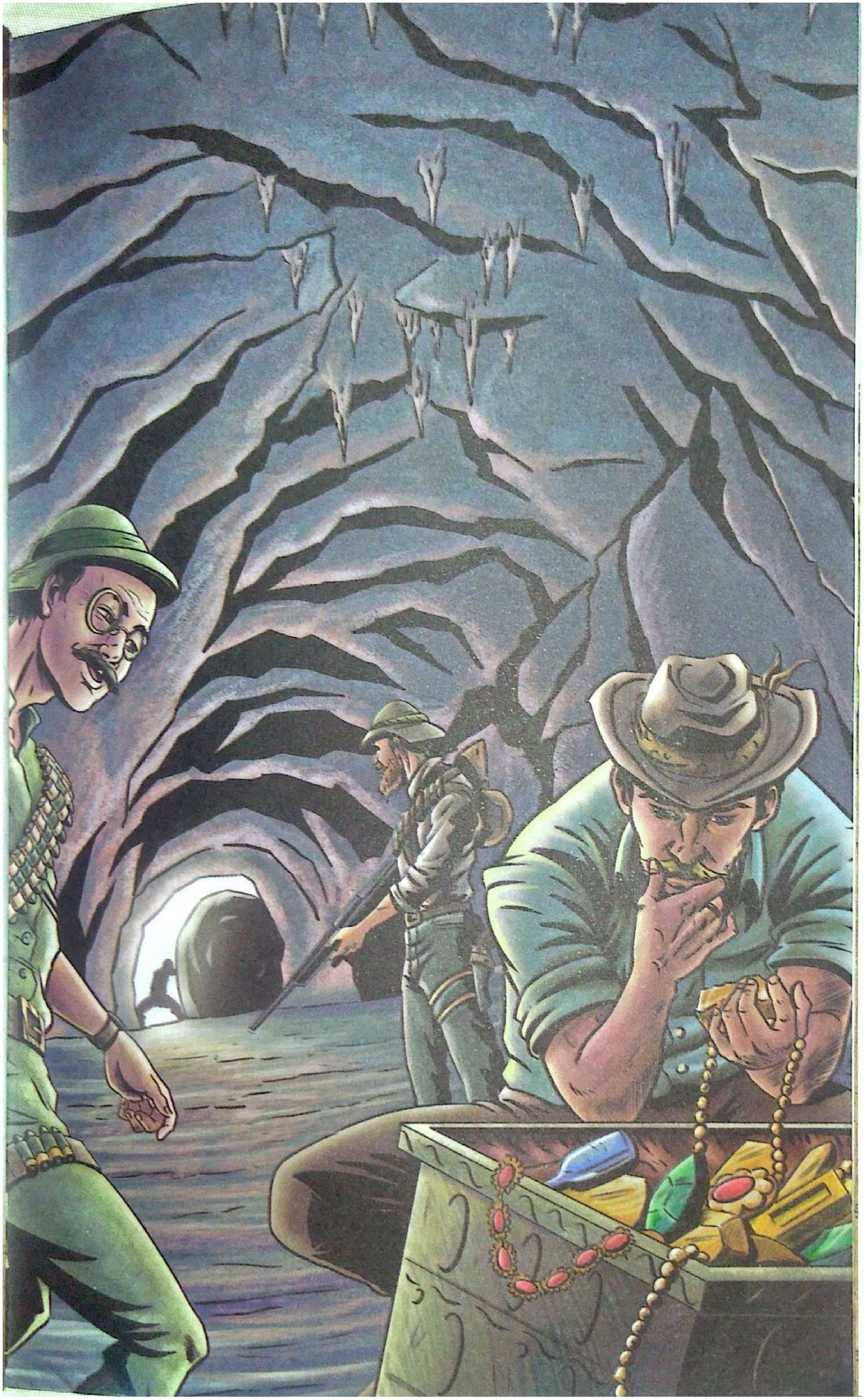
Antes de partir pensé que podía guardarme algunos diamantes para el caso de que saliéramos de aquel agujero asqueroso. De modo que metí la mano en el arca y llené todos los bolsillos de mi chaqueta.

—¡Oigan, amigos! —grité—. ¿No van a llevarse ningún diamante?

—¡Al diablo con los diamantes! Ojalá no vuelva a ver uno en mi vida.

Encendí una de las dos cerillas que quedaban. Good cayó en la cuenta de que al encender la cerilla, la

Escaneado con CamScanner



Escaneado con CamScanner

corriente de aire del pasadizo había hecho que la llama se torciera hacia la izquierda.

—Vayamos contra la corriente —dijo—; el aire va hacia adentro, no hacia afuera.

Nos pareció bien la sugerencia, y palpando las paredes con las manos, mientras tanteábamos el suelo a cada paso, salimos de aquella maldita cámara en nuestra desesperada lucha por sobrevivir. Tras caminar a tientas durante un cuarto de hora por el pasadizo, éste presentaba una curva o estaba simplemente interceptado por otro pasadizo, que seguimos para desembocar en un tercero. Así seguimos durante varias horas.

Teníamos la sensación de haber escapado a la Muerte en la oscuridad de la cámara del tesoro para encontrarnos con ella en la oscuridad de los túneles. Seguimos caminando a trompicones y lentamente durante un largo rato, con sir Henry a la cabeza del grupo. De repente se detuvo y chocamos con él.

—¡Miren! —dijo en un susurro—. O me estoy volviendo loco, o ahí hay luz.

Concentramos nuestras miradas y, en efecto, allá a lo lejos vimos un punto reluciente. Exhalamos un gemido de esperanza y nos apresuramos. Al cabo de cinco minutos, ya no nos cabía duda: era, efectivamente, una mancha de débil luz. Otro minuto más y recibimos un soplo de aire fresco. Seguimos avanzando. El túnel se estrechó súbitamente. Sir Henry cayó de rodillas. El túnel se hizo aun más estrecho, hasta convertirse en un tubo poco más grande que una guarida de zorros. Ya no había rocas. Sir Henry logró salir tras muchos forcejeos, y lo mismo le ocurrió a Good, y también yo lo logré, y en nuestras fosas penetró el aire fresco.

Escaneado con CamScanner

Nos sentamos en la hierba, con tal mezcla de sentimientos que realmente creo que llegamos a gritar de alegría. Habíamos escapado de aquella espantosa mazmorra, que estuvo a punto de convertirse en nuestra tumba. Al cabo de un rato, la luz grisácea se deslizó por las laderas y comprobamos que nos encontrábamos en el fondo de la entrada de la caverna. Podíamos distinguir las oscuras siluetas de los tres colosos que estaban sentados en el borde. Nos levantamos al cabo de un rato y empezamos a ascender unas empinadas laderas. Por fin llegamos a la gran carretera, frente a los colosos. Junto a la carretera, a una distancia de cien yardas, ardía una hoguera; alrededor se veían varias siluetas. Nos dirigimos hacia allí, apoyándonos unos en otros y deteniéndonos a cada pocos pasos.

Una de las siluetas se levantó, nos vio y cayó al suelo, gritando de miedo.

—¡Infadoos, Infadoos! ¡Somos nosotros, tus amigos!

Él corrió hacia nosotros, mirándonos con los ojos desorbitados y aún temblando de miedo.

—¡Oh, mis señores, mis señores!... ¡Son realmente ustedes, que han vuelto de la muerte!

Tras recuperarnos de nuestras fatigas, proceso en el que tardamos cuarenta y ocho horas, iniciamos el camino de regreso hacia la civilización. Felizmente mi vieja chaqueta aún contenía suficientes tesoros como para convertirnos a todos en hombres extraordinariamente ricos. Así que no nos había ido tan mal.

Mientras viajábamos, Infadoos nos contó que había un lugar por el que se podía bajar la gran colina que separaba Kukuanalandia del desierto. Al parecer, un grupo de cazadores kukuanos descubrieron un oasis

Escaneado con CamScanner

grande y fértil de varias millas de extensión, con agua en abundancia. Al amanecer del día siguiente, nos condujeron al borde de una pendiente escarpada por la que debíamos ascender para llegar al desierto. Allí nos despedimos de Infadoos, verdadero amigo y guerrero curtido, quien nos deseó toda suerte de parabienes con gran solemnidad y casi llorando de pena.

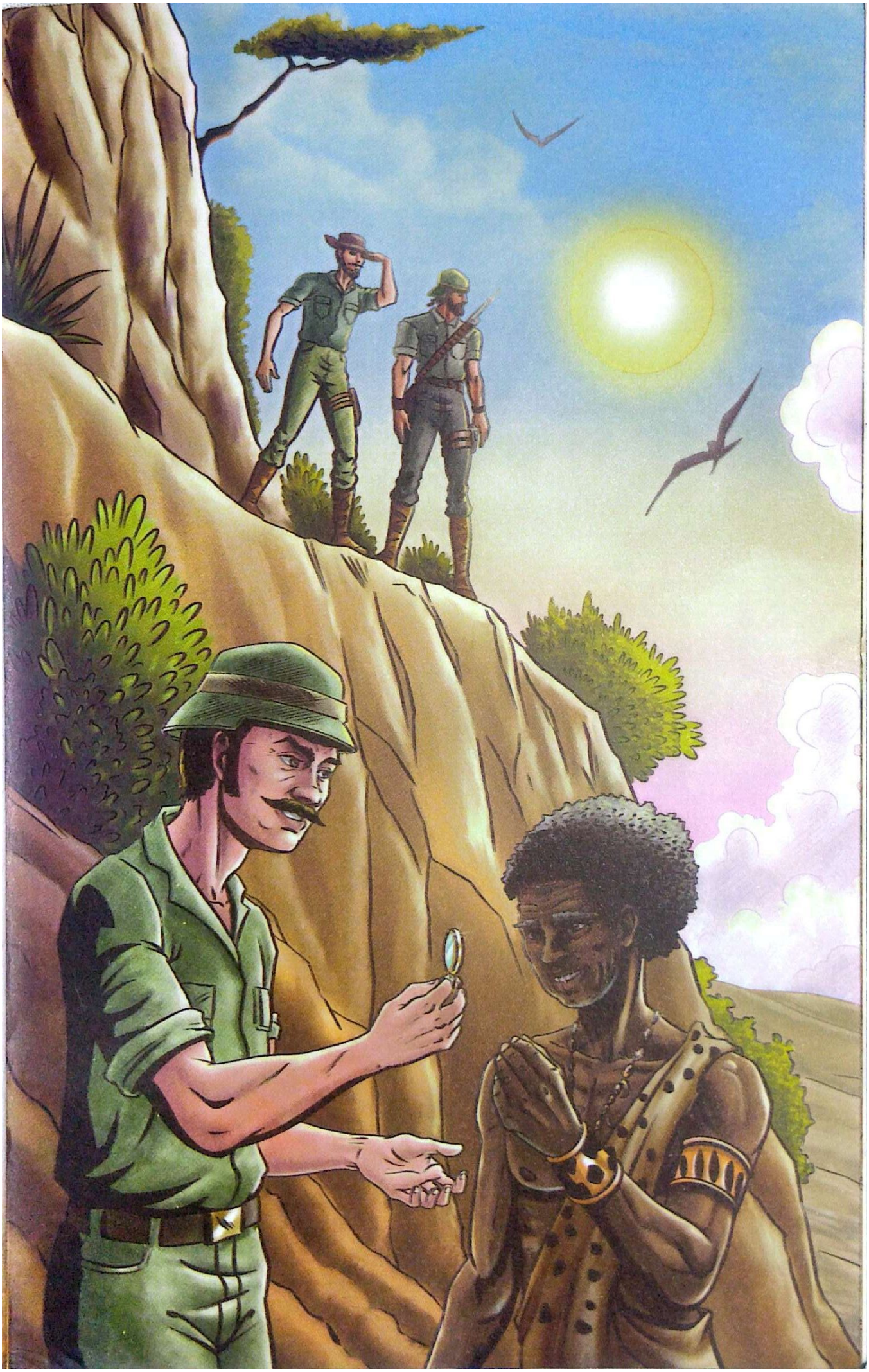
Good estaba tan emocionado que le regaló un recuerdo... su monóculo. Infadoos quedó encantado al comprender que la posesión de semejante objeto aumentaría su enorme prestigio. A continuación, estrechamos la mano del viejo guerrero e iniciamos el ascenso, con una buena reserva de agua que transportaban nuestros cinco guías; por la noche acampamos a cielo abierto, para continuar al amanecer del día siguiente.

A mediodía del tercer día de viaje vimos los árboles del oasis de que hablaban los guías, y una hora antes de la puesta del sol caminábamos una vez más sobre hierba y escuchábamos el sonido del correr del agua. Caminaba yo tranquilamente, un poco delante de los otros dos, por las riberas del riachuelo que fluía desde el oasis hasta el punto en que se lo tragaban las sedientas arenas del desierto, cuando de repente vi una bonita cabaña. En ese mismo momento se abrió la puerta y salió renqueando un hombre blanco con una enorme barba negra.

Sir Henry miró; también miró Good, y de repente, el hombre blanco lisiado profirió un fuerte grito y se dirigió hacia nosotros corriendo. Cuando estuvo cerca, cayó al suelo, como desmayado. Sir Henry llegó a mi lado de un salto.

—¡Cielo santo! —gritó—. ¡Es mi hermano George!

Escaneado con CamScanner

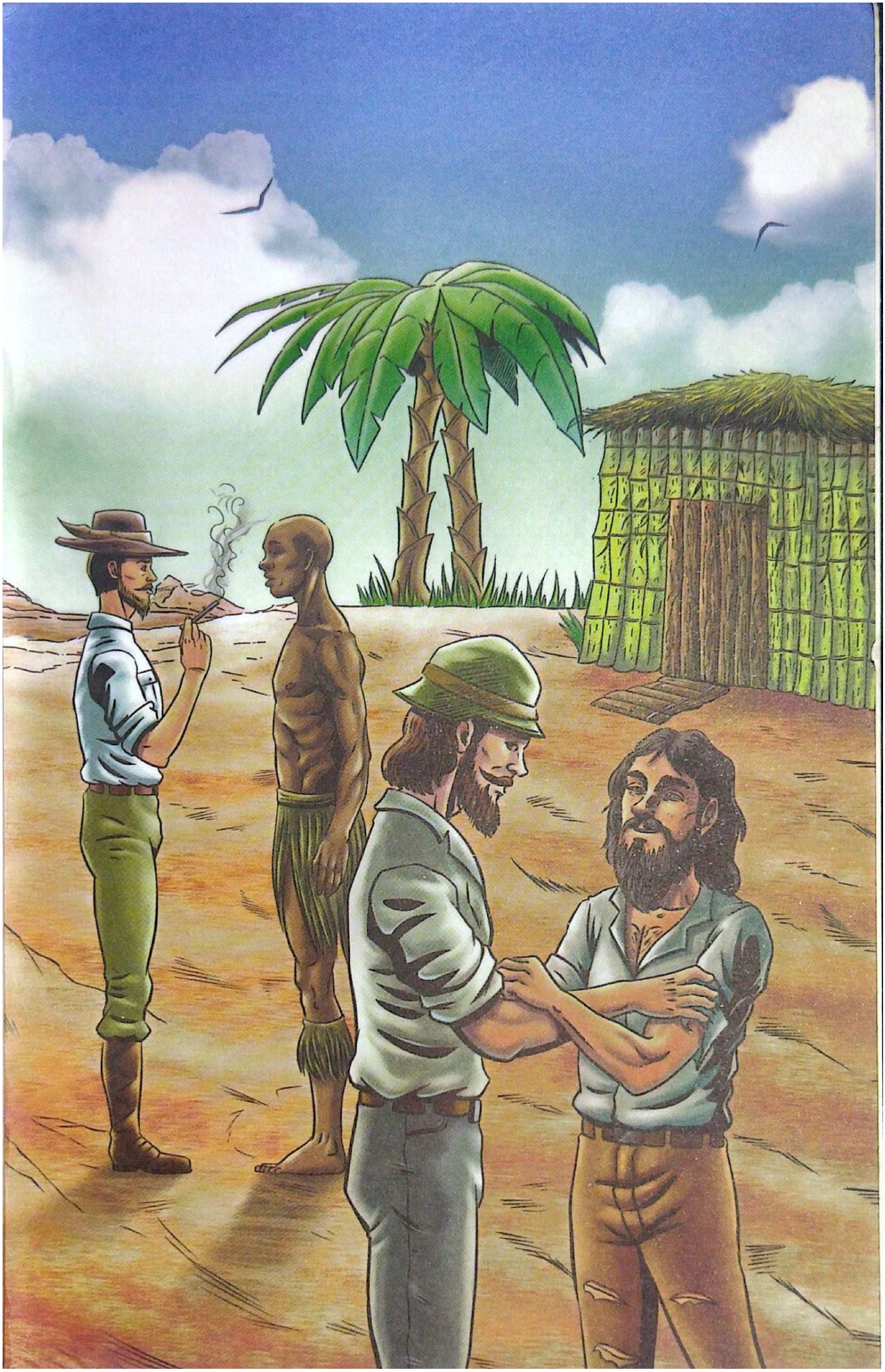


Escaneado con CamScanner

Entretanto, el hombre de la barba negra se había recuperado y levantado; él y sir Henry se estrecharon las manos con fuerza, al parecer sin decir palabra. Pero cualquiera que hubiera sido el motivo de su riña en el pasado, evidentemente estaba olvidado.

Seis meses después de nuestro regreso a Sitanda, nos encontramos una vez más sanos y salvos en mi casita de Berea, cerca de Durban, donde ahora escribo. Allí me despedí de todos mis compañeros del viaje más extraño que he hecho en el transcurso de una vida larga y rica en experiencias.

Escaneado con CamScanner



Escaneado con CamScanner

Escaneado con CamScanner

Escaneado con CamScanner

Las minas del Rey Salomón

H. Rider Haggard

Allan Quatermain es un cazador de elefantes, que vive en una colonia inglesa en África. Durante un viaje en barco conoce a Sir Henry Curtis y al capitán John Good, que se muestran muy interesados por sus conocimientos sobre la leyenda de las minas de Salomón. Sir Henry le explica que desea ir allá en búsqueda de su hermano George.

Los tres hombres, en compañía de sirvientes africanos, emprenden la búsqueda de George Curtis a través del desierto, guiados por un mapa de más de tres siglos. De manera fortuita, encuentran Kukuanalandia, un reino perdido, gobernado por el cruel rey Twala y la antigua bruja Gagool. Allí deberán poner a prueba su valor y su audacia para lograr su propósito y llegar a las minas.

OTROS TÍTULOS DE LA COLECCIÓN

Viaje al centro de la Tierra
Moby Dick
Robinson Crusoe
20 000 leguas de viaje submarino
Oliver Twist

ISBN: 978-612-301-883-2

Escaneado con CamScanner